

ALBERTO CAÑAS

La Segua



CAROLINA TAKRA 2003

La Segua

# ALBERTO CAÑAS

## La Segua



UNIVERSIDAD DE COSTA RICA  
Sistema Editorial de Difusión  
Científica de la Investigación

**ESTE EJEMPLAR NO TIENE  
VALOR COMERCIAL**

CAROLINA TAKKA 2003

Editorial de la  
Universidad de Costa Rica



Comedia en tres actos con prólogo y estrambote inspirada remotamente en un relato de Anastasio Alfaro.

Estrenada por el Teatro Universitario de Costa Rica -dentro del 11 Festival de Teatros Universitarios Centroamericanos- el 20 de setiembre de 1971, en el Teatro Nacional, con el siguiente

REPARTO:

Fray Diego	Bernal López
Don Rafael de Sotomayor	Remberto Chaves
Don Eustaquio de Nava	Ingo Niehaus
Rosalía de Sotomayor	Anabelle Ulloa
Don Tomás Peralta	Alejandro Herrera
La india	Olga Zúñiga
Manuela	Lupe Pérez Rey
Encarnación Sancho	Haydée de Lev
María Francisca Portuguesa	Gladys Catania
Camilo de Aguilar	Alfredo Catania
Don José Manuel Sancho	Rodolfo Araya
Petronila Quesada	Lisbeth Quesada
Don Félix Fernández	Sergio Román
El indio Joaquín	Raúl Huevo
El indio Juan de Dios	Agustín Acevedo
Baltasara de Sancho	Ana Poltronieri
Zenón Vázquez	Rudolf Wedel
Don Bartolo Jiménez	Arnoldo Rodas
Doña Froilana de Peralta	Eugenia Chaverri
La mujer de 1800	Olga Marta Barrantes

CR863.44

C235s Cañas, Alberto F., 1920-  
La segua / Alberto Cañas. – 1. ed. – San José, C.R.  
Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2003  
84 p.

ISBN: 9977-67-837-5

I. TEATRO COSTARRICENSE. I.Título.

CIP/1279

CC/SIBDI. UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica  
Primera edición 2003

Diseño de portada: *Juan Carlos Fallas Z*

Ilustración de portada: *Carolina Parra*.

*De común acuerdo con el autor, los ejemplares de esta edición fueron reencuadrados por la Editorial de la Universidad de Costa Rica en el año 2003.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio".  
Apdo. 75-2060. Fax: 207-5257, e-mail: editucr@cariari.ucr.ac.cr San José, Costa Rica.

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Su hija	Eugenia Chaverri
Primer caballero de 1850	Bernal López
Segundo caballero de 1850	Rudolf Wedel
Primer caballero de 1910	Agustín Acevedo
Segundo caballero de 1910	Arnoldo Rodas
El estudiante de 1971	Alejandro Herrera
La estudiante de 1971	Olga Zúñiga
Jóvenes con guitarra	Carlos A. Bonilla
	Jorge L. Bonilla
	Rogelio Fernández
	Leone] Mendoza
	Guillermo Rodríguez
	(de la Estudiantina Universitaria)

*A Isaac Felipe Azoleifa.  
Muchas veces le he dicho  
que cuanto he hecho  
en el mundo de las letras  
se lo debo a él.  
Nada importa repetirlo ahora.*

Ballet final del II acto:

Olga Marta Barrantes, Eugenia Chaverri,  
Patricia Gómez, Anabelle Ulloa, Olga Zúñiga,  
Agustín Acevedo, Ingo Niehaus, Remberto Chaves,  
Carlos Paniagua, Arnoldo Rodas.

Coreografía de Mireya Barboza.

Música de las canciones, escenografía y dirección:  
Lenín Garrido.

La acción sucede en Cartago  
a mediados del Siglo XVIII.

## PRÓLOGO

*En el Cartago de mil setecientos y pico. Tenemos ante nuestros ojos una blanca pared encalada, que tiene ventana de fuertes y gruesos postigos casi en su extremo derecho, y un portón, también de gruesa madera, a la izquierda. La pared pertenece a la casa de don José Manuel Sancho de Castañeda.*

*La calle está desierta, salvo una india joven que deambula por allí. Pocos segundos después, entran por la izquierda varios caballeros y damas de pretensión señorial; vecinos nobles y leales de Cartago, respetables y serios, entre ellos Fray Diego. Pasan lentamente y conversando.*

FRAY DIEGO: De manera que es de hoy a mañana que esperan a don Félix.

DON RAFAEL DE SOTOMAYOR: De hoy a mañana.

DON EUSTAQUIO DE NAVA: Es el mismo don Félix Fernández que fue Receptor de Alcabalas.

DOÑA ROSALIA DE SOTOMAYOR: El mismo. Que regresa después de una ausencia de ocho años.

DON TOMAS PERALTA: Dicen que es hoy hombre rico.

LA INDIA: (A cercándose al grupo) Si está rico, ¿por qué querrá regresar a Cartago?  
DON RAFAEL: Dicen, además, que viene enfermo.  
DON TOMÁS: Se dice que ciego...  
FRAY DIEGO: ¿Ciego? ¿Rico y ciego?  
DON TOMÁS: A veces es lo mismo...

*(Desaparecen por la derecha, siguiendo su paseo y su charla. Por el mismo rumbo que tomaron, entran Encarnación Sancho y Manuela. De Encarnación se afirma que es la mujer más bella de la ciudad, y bien podría serlo. Manuela le hace de dueña, pero ésta no es ciudad de dueñas, y es también criada y mujer de confianza de don Juan Manuel Sancho. Caminan apresuradas; Manuela delante, tratando de apresurar a Encarnación que viene rezagada.)*

MANUELA: No le haga caso, niña Encarnación, que es bruja.  
ENCARNACIÓN: ¿Bruja?

*(Viene siguiéndolas María Francisca, vieja desgreñada y horrible.)*

MANUELA: Sí, la bruja María Francisca Portuguesa.  
MARÍA FRANCISCA: Niña Encarnación, niña Encarnación...  
ENCARNACIÓN: (Deteniéndose) ¿Me llamabas?  
MARÍA FRANCISCA: Sólo para decirte una cosa.

*(Manuela tira de Encarnación. Encarnación le hace gesto de que la deje en paz.)*

ENCARNACIÓN: ¿Qué me querés decir?  
MARÍA FRANCISCA: Es sobre el teniente José Corona.  
MANUELA: (Altanera) ¿Qué pasa con el teniente José Corona? ¿Por qué no dejás en paz a mi niña? Ya ha tenido bastante teniente José Corona. Ese es asunto olvidado.  
ENCARNACIÓN: No, Manuela. No se olvidan las cosas tan fácilmente. (A María Francisca) ¿Qué me querés decir?  
MARÍA FRANCISCA: Que ya se ha averiguado qué fue lo que le pasó al teniente José Corona.  
MANUELA: Fue cosa de brujas, lo embrujaron. ¿Cómo no ibas a saberlo vos que sos bruja y te debían haber mandado a la Santa Inquisición? (Se persigna.)  
MARÍA FRANCISCA: Me dijeron bruja una vez, pero yo no soy bruja. Era inocente y todo el mundo lo supo.  
ENCARNACIÓN: Entonces, si no sos bruja, ¿cómo podés saber qué fue lo que le pasó al teniente José Corona?  
MARÍA FRANCISCA: Déjeme su merced decírselo, que no fue cosa de brujas sino más terrible y sobrenatural.  
ENCARNACIÓN: (Altiya. Siempre guardando las distancias.) Decímelo.  
MARÍA FRANCISCA: Fue que una noche, camino de San Rafael, se encontró a una moza llorando, linda como las nubes, que le rogó llevarla; le dijo que estaba sola y perdida. El teniente José Corona, que es caballero galante, la

montó en la grupa de su yegua. Les llegó una neblina y se oscureció la noche, de modo que el teniente José Corona no podía ver el camino. La neblina fue tan espesa que el teniente encendió la carbura; cuando se volvió para ver a la moza con luz, le vio la cara de caballo.

ENCARNACIÓN: ¡La Segua!

MARÍA FRANCISCA: Sí, mi linda, fue la Segua la que enloqueció al teniente José Corona. No fueron brujerías de Petronila Quesada, y ya verá su merced cómo la ponen en libertad después de estar dos años presa. Fue la Segua. Por eso, varias personas vieron al teniente José Corona en una choza del camino, de **rodillas, rezando y con otras demostraciones de sosiego**. Por eso al día siguiente era loco furioso y disparó contra la **casa de su merced. Fue hechizo sobrenatural** y ahora está loco perdido, donde nadie lo ve.

ENCARNACIÓN: Donde yo no lo veo, Manuela.

MANUELA: *(Suavemente)* ¡Para qué verlo, niña Encarnación! Ese es asunto olvidado.

ENCARNACIÓN: Olvidado no, Manuela.

MANUELA: Quise decir: que hay que olvidarlo. Tomá, María Francisca. *(Le tira una bolsa.)*

MARÍA FRANCISCA: Dios se los pague, Dios se los pague.

ENCARNACIÓN: Dios te pague a vos las noticias, que ya de nada me sirven. *(Se devuelve María*

*Francisca por donde vino.)* ¡Ay, qué dolor, Manuela!

MANUELA: Olvide, niña Encarnación.

ENCARNACIÓN: No se olvida cuando uno quiere, ni porque uno quiere olvidar. Yo querría haber olvidado.

MANUELA: No tire la juventud como un guiñapo. Ahí está don Camilo de Aguilar que la pretende y que la quiere.

ENCARNACIÓN: Y, ¿sabés una cosa, Manuela? Yo creo que estoy empezando a quererlo un poco también. Comienzo a sentir que lo quiero. Pero no puedo olvidar lo que me sucedió con el teniente José Corona.

MANUELA: Pero, en adelante...

ENCARNACIÓN: En adelante serán nuevos pájaros sobre mi vida. A José Corona le salió la Segua en el camino: la más bella de todas las mujeres. Lo encantó por bella, él la siguió por bella, la quiso por bella como me quiso amar a mí, y detrás estaba el monstruo. Yo no quiero ser la Segua, Manuela. Decíme, Manuela, que yo no soy la Segua.

TELÓN



## ACTO PRIMERO

*Sala en casa de don José Manuel Sancho de Castañeda. Artesonado modesto, blancas paredes. Una imagen religiosa de la época cuelga en la pared del fondo. A su pie, un arcón. Sillones de fuerte madera, una alacena, piso de ladrillo. Un crucifijo en otra pared. Nada de adornos. Puerta a un lado que da a la calle. Otra, al fondo, al interior de la casa.*

*Don José Manuel Sancho de Castañeda, en una silla, fuma un puro contemplando las espirales de humo. Se abre la puerta del fondo, y asoma Camilo de Aguilar.*

CAMILO: Ave María Purísima.

JOSÉ MANUEL: Sin pecado concebida. *(Se levanta de su silla.)*

CAMILO: ¿Se puede?

JOSÉ MANUEL: Adelante, amigo. Buenas tardes. *(Camilo entra.)*

CAMILO: Lo mismo, amigo don José Manuel.

JOSÉ MANUEL: ¿A qué debe esta humilde casa suya el honor...? Pero siéntese, amigo, y fume. *(Le*

*da un puro. Camilo se sienta con algún desparpajo; José Manuel espera respuesta en vano.*) Bien, no vamos a pelear porque usted no me diga a qué debo el honor. La verdad sea dicha, llevaba días esperando su visita.

CAMILO: Muy honrado de que la esperara. ¿Quiere eso decir que la deseaba?

JOSÉ MANUEL: Que la esperaba. Que, en cierta forma, era obligación suya hacerla. *(Sorpresivo)* ¿No lo cree?

CAMILO: Lo que usted diga, señor, lo que usted crea, será buena cosa para mí.

JOSÉ MANUEL: **Lo que yo diga o crea, carece de importancia en este momento... que es un momento solemne.** *(Sorpresivo)* ¿No lo cree?

CAMILO: Si usted lo estima, así será...

JOSÉ MANUEL: *(Impaciente)* Pero se me hace que usted no ha venido a que yo le rece la letanía y a responder "Ruega por nosotros". ¿No es así?

CAMILO: *(Poniéndose de pie)* Permítame, don José Manuel, pero es su merced quien se empeña en que así sea. Con el respeto debido, no me ha permitido hablar, ni siquiera acomodarme, que es requisito previo, como este puro, para poder conversar a nuestras anchas.

JOSÉ MANUEL: Así me gusta. Pierda temores, acomódese y desembuche lo que traiga. Que de todos

modos, bien sé de lo que se trata. De mi hija, si no me equivoco.

CAMILO: De la señorita Encarnación se trata.

JOSÉ MANUEL: Entiendo *(titubea por primera vez)*, que usted simpatiza con ella.

CAMILO: Y no se equivoca usted.

JOSÉ MANUEL: Lo que habría que ver, es si esa simpatía estará correspondida.

CAMILO: Habrá que verlo, señor, pero no pecho de fanfarrón, espero, si digo a usted que confío en que lo esté.

JOSÉ MANUEL: Ya sé. Ya sé que se cruzan miradas en la iglesia.

CAMILO: Las iglesias son para eso, señor.

JOSÉ MANUEL: Entre otras cosas, entre otras cosas. Pero son para eso. Yo mismo...

CAMILO: Sí señor, he podido observarle.

JOSÉ MANUEL: Hablaba de mi juventud... Ah, ¿pero me observa usted?

CAMILO: Observo cuanto rodea a Encarnación.

JOSÉ MANUEL: Observa de preferencia a Manuela... ¿no es así?

CAMILO: En presencia de Manuela he podido cambiar algunas palabras con su hija...

JOSÉ MANUEL: ¿Y puede saberse si mi hija tiene gusto en escucharlas?

CAMILO: Espero que sí.

JOSÉ MANUEL: Está bien. Ni la culpo a ella, ni culpo a Manuela, que Manuelas siempre existirán; e igual digo de niñas como Encarnación cuando se las dice un galán apuesto.

CAMILO: Favor que usted me hace.

JOSÉ MANUEL: Bueno es que usted se entere de que yo no soy amigo de favorecer a nadie. Nadie debe contar conmigo para nada. Que cada uno camine solo. Esto es muy importante que usted lo sepa.

CAMILO: No espero cosa distinta.

JOSÉ MANUEL: Ni yo de usted. (Pausa) De manera que...

CAMILO: Que aquí estoy, señor, a solicitarle formalmente...

JOSÉ MANUEL: Diga.

CAMILO: Su licencia para visitar a la señorita Encarnación.

JOSÉ MANUEL: Antes de conceder esa licencia, si es que la concedo, es bueno que usted me entere de ciertas cosas, y que yo le entere de otras.

CAMILO: Como usted diga.

JOSÉ MANUEL: En primer lugar, quién es usted, de dónde viene y qué persigue.

CAMILO: Que me llamo Camilo de Aguilar, usted lo sabe. Soy hidalgo, señor. Llegué aquí hace pocos meses.

JOSÉ MANUEL: Ya lo sé. No pasa inadvertida la llegada suya ni la de nadie. Pero... ¿a qué viene a este lugar tan pobre y tan falto de alicientes?

CAMILO: A probar fortuna, como todos.

JOSÉ MANUEL: Pero no será a probar fortuna con las armas, que no hay aquí contra quién, ni lo ha habido en algunos años.

CAMILO: Me he percatado de ello.

JOSÉ MANUEL: Tampoco será a cultivar la tierra, como los que aquí estamos.

CAMILO: No señor.

JOSÉ MANUEL: Cosa que me disgusta. No será cosa de piratería...

CAMILO: Tampoco; he dicho que soy hidalgo y agregó que honrado.

JOSÉ MANUEL: De honrado parece haber dado muestras su merced. Pero excúseme si le digo algo que de todas maneras usted ya sabe: que aquí en Cartago no se le conoce a usted ni oficio ni beneficio.

CAMILO: Beneficio tengo, que algún dinero traje de mi casa. El dinero a que puede aspirar un segundón con ínfulas de aventura.

JOSÉ MANUEL: Eso de la aventura, me parece que nos coloca en el buen camino. ¿Y puede saberse cuál es la aventura que le atrae, que en estos alrededores no veo ninguna?

CAMILO: Buscar oro.

JOSÉ MANUEL: ¿Oro? (Suelta una carcajada.)

CAMILO: Sí, oro. ¿Por qué no? ¿No se habla en todas partes de una mina recóndita que nadie ha logrado encontrar?

JOSÉ MANUEL: De manera que en España se sabe...

CAMILO: ¿Lo de la mina del Tisingal? Claro está. Es una leyenda pequeña, de pocos alcances, pero circula. Y a un segundón no le convienen las leyendas grandes, que para esas hay otros señores. Una mina tan desaparecida como la del Tisingal no requiere, digo yo, Real Cédula ni otro permiso.

JOSÉ MANUEL: Lo único que requiere es una credulidad absoluta. Porque no hay tal.

CAMILO: ¿De dónde sacaron entonces los indios el oro que vio Colón?

JOSÉ MANUEL: No me interesa. No me interesan los tesoros, ni las brujerías, ni las minas desaparecidas. Aquí en Cartago vivimos de manera distinta, y quizás por eso vivimos tranquilos, sin otro temor que el de Dios.

CAMILO: Así sea. (*Se persigna.*)

JOSÉ MANUEL: Le habrán dicho que soy hombre de posibles.

CAMILO: He oído que es usted caballero con boñiga en el patio. ¿No es así?

JOSÉ MANUEL: Si usted lo dice, así será. No crea en todo caso cuanto le digan, que le confieso ser más hombre de quebrantos que hombre de fortuna. Sin embargo, ni lo poco que yo tenga, ni lo que tenga nadie aquí, se debe a empresas mineras o a aventuras de tesoros.

CAMILO: Salvo alguna que otra botija...

JOSÉ MANUEL: Eso es otra cosa. Sin embargo su afán de aventuras no va a llevarme a negar el permiso que me solicita. Si se lo niego, o si usted retira la solicitud, que también puede darse, ello será por otra causa.

CAMILO: ¿Y esa causa se llama...?

JOSÉ MANUEL: Se llama, desde el día que la bautizó el padre Oriamuno, Encarnación Sancho.

CAMILO: Le ruego que se explique.

JOSÉ MANUEL: A ello voy. Mi hija, y no seré yo quien lo niegue, es la niña más bella de Cartago.

CAMILO: Sin duda alguna.

JOSÉ MANUEL: Por lo tanto la más pretendida y solicitada. Pues bien, el primero que la requirió de amores, con mi consentimiento y el de su madre, fue el teniente José Corona. Galante, valiente, cumplidor de su deber... Entre sus condiciones tenía la de ser enamorado. Allá él con su conciencia, que a mi hija nunca le faltó; pero aventuras de baja condición, lances de arma cortante, líos de medio pelo, no dejó de tener por la Puebla, por Arrabal, por Taras, por donde fuera.

CAMILO: Algunas de esas cosas se comentan con sigilo tras las paredes de Cartago.

JOSÉ MANUEL: Y también en las calles y plazas. (Pausa.) Un Domingo de Ramos, primero de abril, disparó sus pistolas contra esta casa. Sabrá usted que está recluso, porque su estado de locura es incurable.

CAMILO: Me lo han dicho.

JOSÉ MANUEL: Todos cuantos sabían de las amistades nocturnas que frecuentaba, llegaron a la conclusión de que había sido hechizado por una Petronila Quesada, y contra ella se abrió proceso por brujería. Pero la María Francisca Portuguesa, otra afamada como bruja, de alguna manera logró introducirse en la celda del teniente, a convencerle de que ningún humano le había hechizado, sino que su malventura debíala a habersele aparecido la Segua.

CAMILO: Sí. Por las calles circula esa versión, y todos la dan por cierta.

JOSÉ MANUEL: No debe usted correr, amigo mío, el peligro de que se le aparezca otra Segua igual a la que se encontró el teniente José Corona.

CAMILO: Yo no creo en esas zarandajas.

JOSÉ MANUEL: Yo tampoco. *(Pausa.)* La verdad la ha dicho el facultativo en medicina que ha venido de Nicaragua y examinado a José Corona: la Segua del teniente es un mal venéreo incurable. Usted que es hidalgo se hace cargo de la situación y de la delicadeza con que hay que tratar este asunto.

CAMILO: Sí señor.

JOSÉ MANUEL: El problema es mi hija.

CAMILO: ¿Qué le sucede, señor?

JOSÉ MANUEL: Encarnación es muy joven, inexperta e ingenua... y no concibe que el teniente Corona pudiese haber tenido, mientras la cortejaba levemente -pues fue leve el cortejo-, relación ni miradas para otra mujer que ella. Y al llegarle la noticia del embrujamiento de la Segua, ha dado en la flor de afirmar que no pudo haber embrujo, si no fue por obra de Encarnación Sancho, única mujer bella con que topó el teniente José Corona en Cartago. *(Pausa.)* Yo confío en la discreción de usted y en su tacto.

CAMILO: De manera que...

JOSÉ MANUEL: Que tiene usted mi beneplácito, y que trate de obtener el de ella.

CAMILO: ¿Puedo visitarla?

JOSÉ MANUEL: Está usted ya de visita en esta su casa. Llamaré a mi mujer. ¡Baltasara! *(Silencio)* ¡Baltasara! *(Se rasca la cabeza)* Pues puede usted creer que se ha ido. ¡Esas mujeres! Con toda seguridad estará en la iglesia. Es un problema que usted debe considerar muy bien antes de tomar estado. Aparece una imagen milagrosa, y desaparecen inmediatamente las mujeres. *(Refunfuña.)* Esta mía... he calculado que enciende quince velas diarias. *(Recapacita.)* ¡Encarnación! Supongo que querrá usted saludarla.

CAMILO: Me honraré en hacerlo.

JOSÉ MANUEL: ¡Encarnación! No se preocupe usted si al entrar y verle se sonroja, que las mujeres jóvenes, hechas están para sonrojarse. *(Entra Encarnación con gran frescura)* Encarnación, permíteme presentarte a don Camilo de Aguilar, *(Encarnación hace una coqueta reverencia)*, a quien acabo de otorgar licencia para visitar nuestra casa.

ENCARNACIÓN: Será usted siempre un huésped bienvenido.

CAMILO: Bastará su presencia para que mi venida sea buena.

JOSÉ MANUEL: Y créame, amigo, que lamento interrumpirles. Pero tengo alguna diligencia que hacer, y como no voy a dejarle a usted solo con mi hija en ausencia de Baltasara, lo más prudente será que me lo lleve conmigo. De manera que, andando.

CAMILO: A sus órdenes, don José Manuel. Y a las  
suyas también, señorita Encarnación. Me he  
aprendido el camino de esta casa, y...

ENCARNACIÓN: Que no se le olvide, señor de Aguilar.

CAMILO: Camilo.

JOSÉ MANUEL: Sí, Camilo. Y camine, amigo, que se me  
hace tarde.

*(Camilo hace una reverencia, y salen los dos. Encarnación  
queda sonriendo. De repente se le aparece María Francisca.)*

MARÍA FRANCISCA: Niña Encarnación.

ENCARNACIÓN: *(Asustada, se vuelve)* Ah, sos vos.

MARÍA FRANCISCA: ¿Quién iba a ser que le busque su bien?

ENCARNACIÓN: ¿Y qué querés?

MARÍA FRANCISCA: Verla y darle consejos.

ENCARNACIÓN: ¿Qué consejos?

MARÍA FRANCISCA: Consejos para que a don Camilo de  
Aguilar no se la aparezca la Segua.

ENCARNACIÓN: ¿Vos qué sabés de eso?

MARÍA FRANCISCA: Todo lo que puede saberse sin ser bruja...  
Pero es que don Camilo está en ese peligro.

ENCARNACIÓN: ¿Quién te lo dijo? ¿La Petronila Quesada?

MARÍA FRANCISCA: Líbreme Dios de atender lo que me diga  
la Petronila, que compañeras hemos sido y  
por eso nos conocemos mejor.

ENCARNACIÓN: Dicen que la Petronila le está haciendo  
brujerías a Camilo de Aguilar.

MARÍA FRANCISCA: Mienten, mienten.

ENCARNACIÓN: Y ya yo no dudo de que se las hizo al  
teniente José Corona. *(La toma por los  
hombros)* ¿Me jurarías por los santos  
apóstoles que la Petronila no embrujó al  
teniente Corona? ¿Me jurarías que no anda  
siguiéndole los pasos a Camilo?

MARÍA FRANCISCA: Yo no juro nada, que es pecado.

ENCARNACIÓN: ¿No me jurarías que no es contra mí que  
manda las brujerías la Petronila, o que no  
sos vos quien las manda?

MARÍA FRANCISCA: No, su merced, que yo no sería capaz de  
hacerle ningún daño. Pero puedo ayudarla a  
que no pierda el amor de don Camilo de  
Aguilar.

ENCARNACIÓN: Yo no necesito eso... Lo que necesito es que  
me quitéis el embrujo que me pusieron.

MARÍA FRANCISCA: ¿Quién le ha puesto embrujo?

ENCARNACIÓN: Vos, o la Petronila. Yo sé que se juntan en  
las noches en un cerco oscuro, y encienden  
candelas, y hacen cocidos. *(Adopta un tono  
misterioso.)* Yo sé mucho más de lo que vos  
suponés. Yo sé que fueron ustedes... Yo sé  
que ustedes me están embrujando para  
convertirme en la Segua.

MARÍA FRANCISCA: ¿La Segua usted, niña Encarnación?

ENCARNACIÓN: ¿Quién se la apareció al teniente José  
Corona? ¿Quién es la única mujer bella *(se  
pavonea)* con quien anduvo el teniente José  
Corona en Cartago? Yo. Y me amaba tanto,  
que no habría atendido requerimiento de  
otra. *(María Francisca la mira con*

*incredulidad.) Si* montó a una mujer bella en la grupa de su yegua, tiene que haber sido a mí.

MARÍA FRANCISCA: ¿Y luego cómo iba a verla fea y con cara de caballo? ¿No tiene su merced un espejo que le diga que eso no puede ser?

ENCARNACIÓN: Yo tengo un espejo que me dice cómo soy. Pero lo que yo haga cuando no me doy cuenta, cuando vos y la Petronila me embrujan, de eso sí que no sé nada... Ustedes me levantan dormida de mi lecho para que vaya a ser la Segua por los caminos.

MARÍA FRANCISCA: ¿Quién le ha metido semejante idea?

ENCARNACIÓN: Vuelvo a decirte que yo soy la única mujer bella a quien el teniente José Corona habría montado en su yegua.

MARÍA FRANCISCA: También la Petronila lo conoció.

ENCARNACIÓN: La Petronila no es bella. Claro que anduvo tras de él, siguiéndole, y ahora anda tras de Camilo de Aguilar, pero eso es porque es mi enemiga, porque quiere quitarme mis amores, y para eso me tiene embrujada. Yo lo sé.

MARÍA FRANCISCA: ¡Ay, niña Encarnación, pero yo nada tengo que ver con semejante cosa! Le juro que yo estoy de su parte. Y si lo que usted teme es cierto, si la Petronila le ha echado algún filtro, yo voy a defenderla.

ENCARNACIÓN: ¿Entonces no sos vos la que me ha convertido en la Segua?

MARÍA FRANCISCA: (*Misteriosa*) Nadie convierte a una mujer en la Segua. Es la mujer la que se convierte sola. Y si usted, niña Encarnación, se empeña en no convertirse, no se convertirá. Si no se empeña, se convertirá sin darse cuenta, y será usted la Segua, como yo soy la Segua, y como todas las mujeres somos la Segua...

ENCARNACIÓN: Y yo... ¿no lo soy ya?

MARÍA FRANCISCA: A su debido tiempo, niña Encarnación.

ENCARNACIÓN: Pero... ¿ahora?

MARÍA FRANCISCA: Mis inteligencias no llegan a tanto... Pero podría ser. Tome este amuleto que la protegerá. (*Encarnación lo rechaza.*) ¿No cree en él?

ENCARNACIÓN: No creo en vos, María Francisca. Ahora sé quién es la que me tiene embrujada. Pero no te asustés; que prefiero que seamos amigas. Entre la Petronila Quesada y yo, ¿con quién te quedás?

MARÍA FRANCISCA: Con usted. Y usted, niña Encarnación, entre don Camilo de Aguilar y el teniente José Corona, ¿con cuál se queda?

ENCARNACIÓN: (*Iluminada*). Quise a José Corona. Le quiero todavía, y un embrujo me lo arrebató. Un embrujo, María Francisca, que no sé si lo creaste vos o lo creó la Petronila o si fui yo sola quien lo levantó, como una maldición que yo trajera de la cuna. Yo soy la Segua que vio José Corona, porque José Corona nunca miró a otra mujer hermosa

que a mí. *(Se contonea por la habitación.)*  
Amó mis trenzas, amó mis pies, amó mi cintura y mi cuello; y nunca, mientras tuvo uso de razón, posó su mirada con intenciones en otros ojos que en los míos. La única vez que pasó sus manos por mis brazos, yo me estremecí, pero fue de comprender que él era el más estremecido. Lo quiero todavía. Pero la brujería que llevo encima levanta en mi ánimo el deseo de amar a Camilo. Yo tenía que ser fiel a José Corona, pero hay una fuerza, que es como un viento de los montes, que me empuja hacia Camilo. Y ha llegado el momento en que me estremezco cuando pienso en el día que las manos de Camilo acaricien mis brazos como todavía no lo han hecho. *(Se olvida de María Francisca; habla para sí misma).* Voy a amar a Camilo de Aguilar cualquier día; traicionaré el amor de José Corona, que no podrá saberlo. Terminaré por embrujar a Camilo como al otro, y una noche con duendes, Camilo también se encontrará con la Segua en un camino solitario, y esa Segua seré yo aunque no me dé cuenta.

*(María Francisca la abandona lentamente sin despedirse, mientras las palabras de Encarnación se han ido reduciendo a un murmullo musical. María Francisca se encuentra en la calle con Petronila Quesada. En el interior de la sala ha quedado Encarnación.)*

PETRONILA: ¿Le hablaste?

MARÍA FRANCISCA: Le hablé.

PETRONILA: ¿Y qué? ¿Quiere a don Camilo de Aguilar?

MARÍA FRANCISCA: Lo quiere más de lo que ella misma supone.

PETRONILA: Yo lo quiero para mí.

MARÍA FRANCISCA: Nada se opone a que sea tuyo por un tiempo, como corresponde a tu condición y a la mía. Pero, si no enloquece como el teniente José Corona, será, para toda la vida, de Encarnación Sancho.

PETRONILA: ¿Tiene que ser así?

MARÍA FRANCISCA: Ya yo soy vieja y vos sos joven. Siempre será lo mismo. Claro que lo tendrás, y será tuyo para revolcarse juntos, pero nada más.

PETRONILA: Hagámosle una brujería.

MARÍA FRANCISCA: No seas idiota, Petronila, que las brujerías no sólo no existen, sino que no sirven para nada. Conformate con ser, por un tiempo, la querida de Camilo de Aguilar, como lo fuiste del teniente.

PETRONILA: ¿Y si se me vuelve loco?

MARÍA FRANCISCA: Será por culpa tuya, porque algo te pudrió la Divina Providencia dentro del cuerpo. *(Se van.)*

*(La luz de la sala se enciende lentamente, y podemos oír a Encarnación que todavía se contonea paseándose, y su voz sube desde el murmullo hasta la articulación clara.)*



ENCARNACIÓN: Yo no quiero ser la Segua. Yo no quiero ser la Segua. Todas las mujeres somos la Segua y yo no quiero ser la Segua.

*(Llaman a la puerta. Encarnación se compone, acude a abrir, y en el umbral aparece la figura de don Félix Fernández, hombre cercano a los sesenta años, corpulento y presa ya de esa adiposidad facial y corporal que aqueja a los ciegos. Hay un lazarillo a la par suya, al cual luego despide.)*

DON FÉLIX: ¿Quién es?

ENCARNACIÓN: Encarnación Sancho, para servir a usted.

FÉLIX: ¡Encarnación Sancho! No te acuerdas de mí, niña, yo soy Félix Fernández...

ENCARNACIÓN: ¡Don Félix! Pase usted, hágame el honor...

FÉLIX: *(Al lazarillo)* Tú, espérame afuera. Y tú, niña Encarnación, ayúdame a penetrar, que no sé si estarás enterada de que me he quedado ciego.

*(Encarnación conduce a don Félix hasta un sillón y le ayuda a sentarse.)*

ENCARNACIÓN: Siéntese aquí su merced, que mis padres no tardarán.

FÉLIX: Y tú, acomódate cerca de mí, donde te sienta, que los ciegos estamos solos y sólo las presencias cercanas no nos engañan.

*(Encarnación no le obedece; más bien se aleja y trae unos cojines luego, para que don Félix se acomode mejor.)*

ENCARNACIÓN: Ya sabíamos de su presencia en Cartago. Todo el mundo la ha comentado. Porque aquí se tienen buenos recuerdos de su paso por esta ciudad.

FÉLIX: Gentileza de las gentes. Soy yo quien guarda buenas memorias de todos. Principalmente de los habitantes de esta santa casa.

ENCARNACIÓN: ¿Se acuerda su merced de mí?

FÉLIX: Recuerdo una mocita de quince años, que se desesperaba por aprender bien la Doctrina, por que le enseñaran a hacerse bien la trenza, y por que la dejaran ordeñar las vacas.

ENCARNACIÓN: *(Riendo)* Hace años de eso...

FÉLIX: Ocho, si mi memoria no me es infiel. Y la memoria de los ciegos nunca lo es. En cuanto a ti, nunca me ha traicionado. Tengo presente tu rostro. Y tengo presente tu voz.

ENCARNACIÓN: Esa la tiene aún. ¿Es la misma de antes?

FÉLIX: No. Es menos cantarina que la que dejé, pero más musical. ¿Sabes? Escucharte es un poco como escuchar música de guitarras en la noche. En la noche mía, noche permanente, digo. ¿Sabes cantar?

ENCARNACIÓN: ¿Cantar? No.

FÉLIX: Canta algo para mí, que no te creo.

ENCARNACIÓN: *(Canta)*

Cantan cinco golondrinas para la Virgen María.

Mi alma las acompaña,  
 Dulcísima Madre mía.  
 FÉLIX: *(Repitiendo con ella.)* Mi alma las acompaña,  
 Dulcísima Madre mía... Esa canción la cantaba tu madre. Muchas veces la escuché.  
 ENCARNACIÓN: Ella me la enseñó.  
 FÉLIX: ¿Nunca la cantas en la iglesia?  
 ENCARNACIÓN: Yo no sé cantar. No podría hacerlo delante de la gente.  
 FÉLIX: Lo has hecho delante de mí.  
 ENCARNACIÓN: Usted es diferente. Usted es parte de mi vida de niña...  
 FÉLIX: Y hoy vengo a ser parte de tu vida de mujer...  
 ENCARNACIÓN: ¿Piensa quedarse aquí? A todos nos gustaría mucho.  
 FÉLIX: No tengo planes. Tengo bienes abundantes y mi ceguera. Además, estoy solo. ¿Sabes? Nada hay que me arraigue en parte alguna... *(Pausa)* Y... dime de tu vida. ¿Tienes novio? ¿Estás prometida?  
 ENCARNACIÓN: No, don Félix. Tuve uno y lo quise mucho... Pero ya no lo tengo.  
 FÉLIX: ¿Pretendientes?  
 ENCARNACIÓN: ¿Qué le dijera? Nada serio... hasta hoy.  
 FÉLIX: ¿Y cómo es así, con esa cara de virgen que tienes?  
 ENCARNACIÓN: Permítame, don Félix; usted no me la ve...  
 FÉLIX: La vi muchas veces cuando eras niña, y luego cuando crecías. La tengo presente

desde entonces. Nunca cambiará para mí. Mientras yo viva, que no será mucho eso sí, veré tu rostro bellissimo, el mismo de cuando cumpliste quince años, y ése será, aunque yo me haga viejo, y aunque tú te hagas vieja...

ENCARNACIÓN: *(Como cayendo en la cuenta de algo.)* Es cierto. Para usted, mi imagen es inmóvil.  
 FÉLIX: Así lo ha querido el destino.  
 ENCARNACIÓN: Usted será entonces, pase lo que pase y suceda lo que me suceda, quien siempre me verá bella... quien siempre me creará bella.  
 FÉLIX: No habrá remedio. Tengo una Encarnación para mí solo. Porque los que ven, ¿sabes?, olvidan lo que han visto. Nadie hay en el mundo que pueda decir cómo eras la última vez que yo te vi. Tu nuevo rostro -que imagino también muy bello- les ha borrado irremisiblemente de la memoria el antiguo. Pero a mí no. Los ciegos somos los guardianes de los tesoros cambiantes. Las imágenes se nos detuvieron un día, y nadie podrá variarlas. Para mí serás siempre la última Encarnación que vi...  
 ENCARNACIÓN: ¿Y la de hoy?  
 FÉLIX: Acércate. *(Encarnación se acerca y él le recorre el rostro con las manos.)* Sí, imagino que pueden haber cambiado ciertos detalles; que tal vez el mentón sea hoy más firme y el trazo de los labios más fuerte. Pe-

ro sabiéndolo, no lo veo, no puedo verlo. No puedo ver otro rostro que el de antes.

ENCARNACIÓN: Usted era un visitante frecuente...

FÉLIX: ¿Me encuentras cambiado?

ENCARNACIÓN: No lo sé, don Félix. Créame su merced que de los quince a los veintitrés años, los rostros que no se ven más, se borran. Sobre todo los de las personas mayores.

FÉLIX: Y yo soy una persona mayor.

ENCARNACIÓN: Lo era cuando yo era niña. Y ahora lo somos los dos.

FÉLIX: Así y todo, tengo muchos años más que tú.

ENCARNACIÓN: Siempre fue su merced para mí, un amigo de mi padre.

FÉLIX: Un buen amigo de tu padre...

ENCARNACIÓN: Y mío, don Félix. Nunca olvidaré sus regalos...

FÉLIX: ¿Mis regalos?

ENCARNACIÓN: Ni sus frases.

FÉLIX: ¿Mis frases?

ENCARNACIÓN: Una vez me dijo, ¿ya se le olvidó?: "Cuando te cases, Encarnación, yo seré tu padrino". Otra vez me dijo: "Cuando te cases, Encarnación, yo seré el novio."

FÉLIX: ¿Te dije tal cosa?

ENCARNACIÓN: Me la dijo.

FÉLIX: ¿La creíste?

ENCARNACIÓN: A fe que sí.

*(Hay un largo silencio.)*

FÉLIX: *(Meditando. Entre risas.)* Yo, tu novio... ¿Qué te parece? Yo, tu novio. Yo, el que te acarició de niña. Yo, el que te ayudó a aprender el catecismo. *(Encarnación le tiende la mano.)* Yo, el visitante de las largas noches de neblina, el que se refugiaba aquí para contarte cuentos. *(Sin soltarle la mano, Encarnación se ha sentado en el suelo, y ha reclinado su cabeza en las rodillas de don Félix.)* ¡Tu novio, yo! La idea te parece ridícula, ¿no es así? *(Encarnación sacude la cabeza.)* ¿No te parece ridícula?

ENCARNACIÓN: No.

FÉLIX: Yo, el viejo don Félix, el viejo ciego de don Félix, que te daba escudos y doblones, que te llenaba la boca de terrones de azúcar y trataba de enseñarte a cabalgar... ¿Cómo eres? Tengo tu rostro presente, el de antes, el rostro casi infantil de los años pasados. Pero el de ahora...

*(Don Félix ha colocado su mano sobre los cabellos de Encarnación, que guarda silencio, pero de pronto vuelve a cantar la antigua tonada.)*

ENCARNACIÓN: Cantan cinco golondrinas para la Virgen María...

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

### Escena primera

*La pared encalada del prólogo. Aparecen Manuela y Encarnación. Esta se detiene al entrar, y Manuela sigue hasta el otro extremo de la escena. Encarnación se ha detenido a esperar a Camilo, que la alcanza al poco tiempo.*

CAMILO: Es mejor aquí. En su casa, durante las visitas formales, es imposible que hablemos.

ENCARNACIÓN: ¿Por qué dice semejante cosa?

CAMILO: Bien, allí es imposible que yo hable... como quisiera hablarle.

ENCARNACIÓN: ¿Y qué quiere usted decirme que no pueda decirse delante de mis padres y de las visitas?

CAMILO: Que te quiero, Encarnación... Es una cosa que hay que decirlo a gritos, pregonarla, que la escuchen en los cielos... pero sólo

allí. Porque aquí en la tierra no debe oírla nadie.

ENCARNACIÓN: ¿Es un secreto acaso?

CAMILO: No es un secreto. Pero ¿querrías tú que te dijera (*alza la voz*): "Te amo Encarnación Sancho", en mitad de la sala de tu casa, en presencia de tus padres y de las visitas y capuchinos que toman chocolate?

ENCARNACIÓN: Cuando me ames de veras, lo dirás allí.

CAMILO: Mientras más de veras te amé, más al oído y en secreto habré de decírtelo. (*Encarnación ríe.*)

MANUELA: (*Desde donde está.*) Pronto, niña Encarnación, que su madre no tardará...

ENCARNACIÓN: Que venga, que me vea aquí. ¿Es que hago algo malo?

MANUELA: No, pero a mí me regañarán como si lo fuera.

CAMILO: Dime, Encarnación: ¿Te casarás conmigo?

ENCARNACIÓN: No lo sé. A veces me inclino a decirte que sí, y a veces dudo.

CAMILO: ¿Nunca te inclinas a decirme que no?

ENCARNACIÓN: A veces.

CAMILO: ¿Cuándo?

ENCARNACIÓN: Cuando me enteran de que proyectas alejarte, de que quieres emprender aventuras y dejarme.

CAMILO: ¿Dejarte yo? ¿Aventuras? Todo es que quiero buscar una riqueza inmensa para ponerla a los pies de la mujer más bella de Cartago. Seremos ricos, Encarnación,

iremos a Madrid y nos pasearemos por la corte pregonando hermosura y amor.

ENCARNACIÓN: No hay que creer en tesoros, Camilo.

CAMILO: ¿Por qué no? ¿No he encontrado ya uno? Pues me falta el otro. Y vaya si lo encontraré.

ENCARNACIÓN: No te vayas, Camilo. Quédate aquí. Vivamos como todo el mundo tranquilos, en paz; tal vez así me decida a aceptar tu oferta.

CAMILO: ¿Por qué me vas a negar la oportunidad de una gran aventura?

ENCARNACIÓN: Cuando regreses de tu empresa, Camilo, no me reconocerás. En esas montañas y en esas selvas hay embrujamientos, hay aparecidos. (*Una carcajada de Camilo.*) De pronto una noche, se te presentará la más bella de las mujeres...

CAMILO: La más bella de las mujeres eres tú. (*Encarnación retrocede espantada; Camilo la observa. Pausa.*) Y siendo tú, ninguna otra osará presentárseme...

ENCARNACIÓN: Tú no lo sabes... quizás sea yo misma... Y cuando regreses, encontrarás que los años no han pasado en vano. La belleza es efímera, la religión lo dice. Cuando regreses, la frescura de mi piel se habrá ajado, y ya no será un pétalo; se verán los huesos de mis dedos, y se habrán apagado ligeramente mis ojos. Seré fea y no querrás creer que yo sea la misma... (*Camilo*

*intenta interrumpirla; ella continúa como si él no existiera.)* Mis trenzas habrán perdido el brillo, y mis uñas la rosa de su amanecer; retrocederás entonces, aterrado; habrás visto una visión horrible, que no es el bello recuerdo que te llevaste... Y yo, de esperarte, de aguardar tus recados y tus noticias, habré visto amargarse mi talante; seré entonces regañona y desagradable. *(Corre hacia Manuela.)* Como la Segua.

#### Escena segunda

*El escenario se oscurece, y la oscuridad se convierte luego en noche estrellada. Junto a la pared encalada pasan dos jóvenes con guitarras cantando.*

Una niña de esta villa  
padece un extraño mal;  
alguno quiere olvidarlo  
buscando en el Tisingal.

Un segundón muy hidalgo  
había encontrado un tesoro;  
tendrá ahora que sustituirlo  
por una mina de oro.

Solito en su calabozo  
encontrábase el teniente;  
ahora rebosa de gozo:  
pronto habrá con él más gente.

Que cierre el pico la niña,  
y que aguce su pupila.  
Las aves pasan cantando  
Petronila, Petronila.

#### Escena tercera

*La plaza del mercado. Viandantes, transeúntes, pardos e indios. Aparece Camilo y se dirige a uno.*

- CAMILO: Y qué, Joaquín, ¿te decides a acompañarme?
- JOAQUÍN: Mire su merced que tengo que pensarlo mucho. ¿No sabés que tengo esposa e hijos que ver?
- CAMILO: Les traerás oro en abundancia. Seremos ricos todos.
- JOAQUÍN: Ay, su merced, ¿crees todavía en esas leyendas?
- CAMILO: ¿Vienes o no vienes?
- JOAQUÍN: Vengo. *(Camilo se dirige a otro.)*
- JUAN DE DIOS: Yo sí, patroncito. Contá conmigo.

*(En un rincón de la plaza, don Tomás y don Rafael, conversan animadamente con don Eustaquio.)*

- DON EUSTAQUIO: ¿Qué: se va don Camilo de Aguilar con su expedición?
- DON RAFAEL: Diz que sale al terminar el mes. Valor no le falta, ni espada.
- DON TOMÁS: También dicen que ayudó el desengaño

amoroso.

DON EUSTAQUIO: ¿Lo despidió la niña de José Manuel Sancho?

DON TOMÁS: No. Pero se niega a esperarle y a mantenerle su palabra.

DON RAFAEL: Ah, ¿pero él la pretendía en serio?

DON EUSTAQUIO: Yo entendía que don Félix Fernández iba a darle dote.

DON RAFAEL: Porque José Manuel no habría podido. El pobre pasa una situación difícil.

DON TOMÁS: Don Félix tiene cómo.

DON RAFAEL: Y cómo...

DON EUSTAQUIO: Pero la niña está un poco trastornada, desde lo del teniente José Corona.

DON TOMÁS: Y don Camilo se propuso enloquecerla más, ¿no es así?

DON RAFAEL: Errores de los muchachos.

DON EUSTAQUIO: Yo creo que está amenazándola con irse, para ver si ella se decide a casarse pronto.

DON TOMÁS: Yo creo que a don Camilo le interesa más el oro que la muchacha...

DON EUSTAQUIO: ¿El oro de la mina del Tisingal, o el oro de don Félix? *(Camilo se les ha ido acercando, a tiempo para oír las últimas frases.)*

CAMILO: *(A don Eustaquio)* Sepa usted, señor, que de mí no puede usted expresarse en esa forma, porque yo soy caballero y usted no lo es. *(Lo abofetea.)*

#### Escena cuarta

*Por la calle, con rumbo a su casa, vienen don José Manuel y Baltasara su esposa. Don José Manuel fuma su inveterado puro.*

JOSÉ MANUEL: Era imposible, Baltasara; como hombre de bien y como padre de familia, yo no podía hacer otra cosa.

BALTASARA: Es cierto. ¿Pero permitirás que una madre te dé algunas razones?

JOSÉ MANUEL: Dilas.

BALTASARA: Es raro que haya que decirlas... ¿no habíamos visto allí la salvación de nuestra hija? ¿No fue Camilo quien, para bien o para mal, la sacó de su estupor, le dio nuevas ilusiones, nuevos bríos para vivir?

JOSÉ MANUEL: Es cierto. Para qué repetir algo que hemos hablado tantas veces. Pero Camilo no resultó el hombre enérgico y fuerte que yo soñaba. Bien que lo enteré de la situación, pero al primer síntoma que vio en nuestra hija, pareció perder el ánimo. Yo creo, Baltasara, que pusimos demasiadas esperanzas. Camilo tenía desde endenantes otros intereses. Venía tras un tesoro, tras una mina, no tras un hogar cristiano. Se encantó en la muchacha, ¿y quién no?, pero luego, los halagos de su aventura se unieron al convencimiento que adquirió de la

BALTASARA      verdad de la situación.  
 En cierta forma, José Manuel, lo que haces es justificarlo.

JOSÉ MANUEL:    Explicármelo más bien, si tú quieres. Lo cierto es que la situación se hacía insostenible. Se ha vuelto pendenciero y escandaloso. Antier, en la propia plaza, abofeteó a don Eustaquio de Nava. Y es fama por toda la ciudad que... me da pena decirlo porque es una maldición que ha caído sobre nuestra casa, que anda por las noches en compañía de las brujas.

BALTASARA      De la Petronila, pues.

JOSÉ MANUEL:    Sí Baltasara, de la Petronila, que lo rondó mucho tiempo como nos ronda a nosotros.

BALTASARA      Mis razones tienen que ceder. Yo sólo veía en él la esperanza para Encarnación.

JOSÉ MANUEL:    Yo también. Además, vi en él un caballero y un hombre de bien. Pero he terminado por convencerme de que no es otra cosa que un galán aventurero, y por esa razón, que es razón fuerte entre gentes temerosas de Dios, he terminado por prohibirle que ponga los pies en esta casa. *(Entran en ella lentamente.)*

Escena quinta

*Una celda en el convento de los capuchinos. Está en ella Fray Diego con Manuela, que acaba de entrar.*

MANUELA:        Dispensará su merced que venga a interrumpirle su santa siesta siendo yo persona de menor calidad.

FRAY DIEGO:    Entra, entra, hija mía, que ante Dios somos todos iguales, y además yo sé bien quién eres. *(Sin dejarla responder.)* Eres Manuela, el ama de llaves, la dueña en la casa de don José Manuel Sancho.

MANUELA:        Esa soy, señor.

FRAY DIEGO:    Y vienes en busca de consuelo espiritual.

MANUELA:        No sé, padre... Vengo... a consultarle. He venido sin que nadie lo sepa, sin decírselo a nadie, que Dios libre se entere mi señora doña Baltasara. *(Se persigna.)* Pero es que hay cosas, padre, que es imposible mantener en secreto, y sólo a un sacerdote se le pueden confiar.

FRAY DIEGO:    En secreto de confesión, hija mía.

MANUELA:        Si usted lo quiere. Me sentiré más tranquila.

FRAY DIEGO:    ¿Y qué es lo que te ha sucedido, qué es lo que quieres confesar?

MANUELA:        A mí no me ha sucedido nada, padre. Es a mi niña, a la niña Encarnación.

FRAY DIEGO:    ¿Qué la aqueja, pues?

MANUELA:        Está embrujada.



FRAY DIEGO: ¿Embrujada dices, mujer de Dios?  
MANUELA: Sí, padre, embrujada.  
FRAY DIEGO: No hay embrujamientos. Esas son supersticiones.  
MANUELA: Hay embrujamientos de amor.  
FRAY DIEGO: No hay nada de eso.  
MANUELA: La niña Encarnación está embrujada, padre, yo sé por qué se lo digo.  
FRAY DIEGO: *(Con paciencia.)* Veamos, veamos. ¿En qué consiste el embrujamiento?  
MANUELA: La niña Encarnación cree ser la Segua.  
FRAY DIEGO: Eso es trastorno mental, no embrujamiento.  
MANUELA: Yo no sé, padre, pero ella era normal y sin desequilibrios, hasta que se le cruzó en la vida la bruja Petronila Quesada.  
FRAY DIEGO: La pobre Petronila. ¡Me temo que la calumnian!  
MANUELA: ¿Que la calumnian? ¿Pues no sabe su merced que cada vez que a la niña Encarnación le sale un enamorado, viene la Petronila a quitárselo con malas artes? Al Teniente José Corona dicen que le salió la Segua... y desde entonces viene el embrujamiento de mi niña. Y ahora, ahora es don Camilo de Aguilar, que cuando se dio cuenta del estado de la niña Encarnación, ha comenzado a huir de ella y ya cayó en brazos de la Petronila, que todo el mundo lo sabe, y mi niña se desespera y se agota. Porque así como quiso al teniente José Corona, así quiere ahora a don Camilo

de Aguilar.  
FRAY DIEGO: ¿Y qué impide que se arreglen?  
MANUELA: El embrujamiento de la niña. Como cree ser la Segua, tiene miedo del amor; tiene miedo de ser una Segua para el hombre que la quiera, tiene miedo de embrujar a su amante, y entonces se porta con él como una loca. El pobre don Camilo no sabía qué decirle, hasta que se cansó... Bueno, se cansó a la primera demostración, pero se cansó; salió corriendo, padre... como si hubiera visto en verdad a la Segua.  
FRAY DIEGO: La Segua no existe, hija mía.  
MANUELA: ¡Dígamelo a mí! Pues claro que no existe. Pero, ¿quién le saca a la niña la idea de la cabeza? Ahora ama, ama profundamente, y no se atreve con el amado. Dice que si corresponde a don Camilo, o don Camilo la corresponde a ella, se manifestará como la Segua y traerá desgracia para ambos. Y cada día es más desgraciada...  
FRAY DIEGO: ¿Y qué quieres tú que haga yo en este caso?  
MANUELA: Yo no sé, padre. Lo que a su merced se le ocurra. Converse con doña Baltasara y don José Manuel, visítelos, gánese la confianza de la niña, y, por Dios, desencántela.  
FRAY DIEGO: ¿Desencantarla?  
MANUELA: Haga una cosa, padre: Bendiga otra vez la santa casa de los Sanchos, expulse con su bondad y con la fuerza de nuestra religión a los espíritus malignos que se hayan

aposentado en ella... Converse con mis amos y propóngales una bendición; ellos lo aceptarán... y quizás así recobre la razón mi niña. ¿No lo cree?

FRAY DIEGO: Lo dudo, porque es trastorno mental y no el encantamiento que tú dices. *(Pausa)* Pero, viéndolo bien, podría intentarse.

### Escena sexta

*La pared encalada del prólogo. Por la izquierda, apresurada, viene Encarnación y Manuela que la sigue. Por el lado opuesto les sale Camilo.*

CAMILO: Te esperaba.

ENCARNACIÓN: ¿A mí? ¿Para qué?

CAMILO: Quiero hablarte.

ENCARNACIÓN: Nada tengo que hablar contigo.

CAMILO: Perdóname, y yo te perdonaré.

ENCARNACIÓN: ¿Qué tengo que perdonarte y qué tienes tú que perdonarme?

CAMILO: Perdonarme, mi desvío. Perdonarte yo, tus desprecios.

ENCARNACIÓN: Yo nunca te he despreciado.

CAMILO: ¿Nunca?

ENCARNACIÓN: Nunca.

CAMILO: ¿Qué fue, entonces?

ENCARNACIÓN: Temor, Camilo, temor. Miedo.

CAMILO: ¿Miedo? ¿Miedo de qué?

ENCARNACIÓN: Miedo de amarte, ¿de qué iba a ser? Yo no puedo querer, Camilo. *(Camilo la toma por los brazos. La escena tiene un tono entre lo*

*desesperado y la enajenación.)*

CAMILO: Sí puedes. Puedes amarme a mí.

ENCARNACIÓN: A tí menos que a nadie. No te acerques a mí, Camilo, si no quieres enloquecer. Porque yo..., yo produzco enloquecimiento.

CAMILO: Loco de amor me tienes.

ENCARNACIÓN: Loco de amor te tiene la Petronila.

CAMILO: La Petronila no es locura de amor ni amor siquiera. Es embriaguez, es perdición, es enemigos del alma, pecados y tentaciones. ¡Sálvame de Petronila, Encarnación Sancho!

ENCARNACIÓN: ¿Salvarte de la bruja? ¿Yo, que estoy embrujada por ella?

CAMILO: Nada podemos hacer.

ENCARNACIÓN: Nada podemos hacer.

CAMILO: *(Desesperado, la abraza. Ella se le aferra al pelo con las uñas.)* Estamos condenados, Encarnación. *(Encarnación lo besa.)*

ENCARNACIÓN: Este no era el amor que entre tú y yo debió nacer. *(Lo vuelve a besar.)* Este no es el amor que yo esperaba. *(Lo besa de nuevo.)* Estás recibiendo los besos de una loca, Camilo. *(Misteriosa.)* Estás recibiendo los besos de la Segua. *(Prorrumpo en una carcajada estruendosa.)*

CAMILO: *(Separándose de ella ligeramente.)* Estás embrujada, Encarnación, y yo estoy embrujado.

ENCARNACIÓN: Sí, Camilo, estamos embrujados. *(Se separa de él y le tiende la mano.)* Pero has de saber

una cosa.  
 CAMILO: ¿Cuál?  
 ENCARNACIÓN: Una cosa que no está bien que una señorita le diga a su galán.  
 CAMILO: ¿Cuál cosa es?  
 ENCARNACIÓN: (*Normal, racional, de regreso.*) Que yo... que yo te amo, Camilo. Pero de nada nos va a servir porque no nos veremos más. (*Corre hacia su casa.*)

### Escena séptima

*La sala de la casa de los Sanchos. Manuela, Baltasara, Encarnación y Fray Diego, que termina de hacer un exorcismo de acuerdo con el rito.*

BALTASARA (*A Manuela.*) Acompaña a Fray Diego, que es un poco tarde y no debería andar solo por esas calles. Adiós, Fray Diego, y sepa usted que la gratitud de esta casa será eterna. Quiera Dios que la tranquilidad nos vuelva.  
 FRAY DIEGO: Adiós, señora. Y que se haga Su Santa voluntad. (*A Encarnación.*) Y tú, niña, que Dios te bendiga especialmente a ti. (*Se despide con reverencias.*)  
 ENCARNACIÓN: Adiós, padre. (*Salen Fray Diego y Manuela.*)  
 BALTASARA ¿Crees tú, hija mía, que ahora sí volverás a vivir con tranquilidad?  
 ENCARNACIÓN: (*Bajando los ojos.*) Yo nunca he perdido mi

fe en Dios. Si esta casa estuvo embrujada, fue por Su voluntad. Si va a dejar de estarlo, también.  
 BALTASARA Como tú quieras decirlo. Para mí, estas cosas son de amor y no de brujas. El amor hace prodigios...  
 ENCARNACIÓN: ¿Pero es que tú crees que un amor correspondido puede...?  
 BALTASARA Ese más que los otros, porque embruja a dos.  
 (*Entra don José Manuel.*)  
 JOSÉ MANUEL: Encontré a Fray Diego en mi camino. Ya me ha dicho en lo que estuvo aquí.  
 BALTASARA ¿Tienes fe en lo que ha hecho?  
 JOSÉ MANUEL: Los hombres tenemos fe hasta cuando negamos tenerla. Todo lo que contribuya a restablecer la paz de mi familia, contará con mi fe. (*Se persigna.*)  
 BALTASARA ¿Qué noticias traes de fuera?  
 JOSÉ MANUEL: La primera, que don Camilo de Aguilar insiste en reclutar gentes que le acompañen a buscar su mina. (*A Encarnación.*) ¿No es buena noticia?  
 ENCARNACIÓN: Excelente.  
 JOSÉ MANUEL: Veo que la tomas con calma. A lo mejor, el exorcismo comienza a surtir efectos.  
 BALTASARA ¿Y qué más?  
 JOSÉ MANUEL: Que ha nacido un niño en casa de los de Acosta, y mandan a ofrecérselo.  
 BALTASARA Buena noticia también.  
 JOSÉ MANUEL: Que se ha recibido aviso de una visita pastoral del Obispo Tristán para dentro de

poco.  
 BALTASARA Excelente noticia, y habrá que hacer preparativos.  
 JOSÉ MANUEL: Habrá que gastar un poco, lo que se pueda, en atenderle y festejarle. Se quiere que participemos los tres en las comisiones que han de organizar las fiestas.  
 ENCARNACIÓN: Yo me ofrezco.  
 BALTASARA ¿Y qué más?  
 JOSÉ MANUEL: Una cosa más. He estado en la tarde en casa de don Félix Fernández. Manda a excusarse por haber estado recientemente ausente de nuestras tertulias. Ha estado un poco achacoso en estos días. Además, Encarnación, nos ha hecho el honor de solicitarnos formalmente tu mano.

Escena octava

*Un campo. Es de noche, y la noche es oscura y sin estrellas. Junto a una hoguera que muere, están Camilo y Petronila Quesada.*

PETRONILA: *(Ofreciéndole de un jarro.)* Toma de éste.  
 CAMILO: ¿Es un bebedizo?  
 PETRONILA: Nunca lo sabrás, Camilo de Aguilar.  
 CAMILO: ¿Y si lo fuera? No necesitarás de bebedizos para que yo sea tu hombre.  
 PETRONILA: ¿Para siempre?  
 CAMILO: Mientras dure.

PETRONILA: Mientras dure qué: ¿la vida?  
 CAMILO: Mientras dure mi afición por ti... y que sea por mucho tiempo. Pero no te prometo nada, Petronila, si no es con bebedizos. Que si me dieras uno, me haría tuyo por los siglos de los siglos, pero sería entonces un amante cruel, poderoso y desgarrador; te haría sufrir y te azotaría como a una esclava.  
 PETRONILA: Soy tu esclava, Camilo.  
 CAMILO: *(Se pone en pie, como un látigo.)* ¿Me dejarías azotarte?  
 PETRONILA: Te dejaría aplicarme en la espalda una de estas brasas. *(La toma.)*  
 CAMILO: Quemar es brujería, azotar no.  
 PETRONILA: Azotar es brujería; todo es brujería. *(Se acerca a las llamas y su rostro parece adquirir una expresión roja y diabólica.)* Bésame, Camilo. *(Junto a las llamas, Camilo la toma en sus brazos.)*

*(Subrepticamente, María Francisca se introduce en la escena.)*

MARÍA FRANCISCA: Esta pareja, pareja, pareja, por siempre las brujas la libren de vieja, que se amen, que se amen sin queja, hasta que la carne se les haga vieja. Mundo, demonio y carne, protegédlos. *(Entran tres muchachos grotescamente enmascarados.)*

LOS TRES MUCHACHOS: *(Cantando en coro.)* Esta pareja, pareja, pareja, por siempre las brujas la

libren de vieja, que se amen, que se amen sin queja, hasta que la carne se les haga vieja. (Bailan en torno a Petronila y *Camilo*, en compañía de María Francisca; *luego* se van.)

PETRONILA: (Apretándose más contra *Camilo*.) ¿Lo ves, Camilo de Aguilar? Son los machos cabríos que nos protegen, Belcebú que nos une, Satanás que nos amarra.

CAMILO: ¡Maldiciones de Dios, bruja infame!  
¡Maldiciones de Dios, bruja hermosísima! Ya no podré apartarme de vos nunca jamás. (La besa con furia.)

## TELÓN

## ACTO TERCERO

### Escena primera

Han pasado algunas semanas. Estamos nuevamente en la *sala de* la casa de don José Manuel, *quien*, en su silla, parece estar sumido en oraciones, cuando *entra, desde el interior*, Manuela.

MANUELA: Su chocolate, señor. Son las ocho de la noche.

JOSÉ MANUEL: No han sonado las campanas.

MANUELA: Ramiro el campanero está enfermo. ¿No lo sabía su merced?

JOSÉ MANUEL: Nadie me ha comunicado nada.

MANUELA: Parece que la enfermedad es grave. Cosa de médico.

JOSÉ MANUEL: Y claro, no lo hay a mano.

MANUELA: Lo está tratando Pedro Badilla, el de Cot.

JOSÉ MANUEL: Es curandero de confianza...

MANUELA: Sí señor. Pero su merced no se pondría en manos de Pedro Badilla... (Pausa) ni pondría a la señora... (otra pausa) ni a la

niña Encarnación.

JOSÉ MANUEL: Yo pienso, Manuela, y es pensamiento de buen cristiano, que cuando a uno la hora le es llegada, no valen médicos ni curanderos. Dios nos llama y es absurdo discutir con él.

MANUELA: ¿Para qué entonces los remedios y los doctores?

JOSÉ MANUEL: Para saber si Dios nos ha llamado o no. Solo para eso.

MANUELA: Su chocolate, señor.

JOSÉ MANUEL: Es cierto.

MANUELA: Y ahora, con su permiso, me retiro que son las ocho y hora de recogerse cuando no hay visitas.

JOSÉ MANUEL: Ya quisiera yo hacerlo también muchas noches en que las hay. Vete y que Dios te acompañe. Pero... ¡Manuela!

MANUELA: Señor.

JOSÉ MANUEL: Antes, mira si Encarnación no se ha acostado.

MANUELA: Bordaba hace pocos minutos

JOSÉ MANUEL: ¿En qué estado?

MANUELA: No parecía triste ni afligida.

JOSÉ MANUEL: Dile, si no es inconveniente, que venga aquí, que necesito hablarle a solas.

MANUELA: Con mucho gusto, señor, y buenas noches.

JOSÉ MANUEL: Buenas noches, Manuela.

*(Sale Manuela. Don José Manuel bebe su chocolate como reflexionando. En un momento dado, cuando ya terminó, se levanta impulsivamente, se golpea una mano con el puño de la otra y dice para sí mismo.)*

JOSÉ MANUEL: ¡Este carajito... este carajito de Camilo...!  
*(A los pocos segundos aparece Encarnación.)*

ENCARNACIÓN: ¿Me llamaba usted, papá?

JOSÉ MANUEL: *(Se recompone.)* Sí hija. Quisiera hablar contigo a solas. Es decir, sin que tu madre se entere.

ENCARNACIÓN: ¿Sin que ella se entere?

JOSÉ MANUEL: Sí, porque me ha prohibido hablarte de este asunto...

ENCARNACIÓN: ¿El de don Félix?

JOSÉ MANUEL: Sí, el de don Félix. *(Recapacita.)* Pero no es porque yo esté precisado, ni porque desee que se haga otra cosa que la que a ti te plazca y convenga. Pero escucha: me da pena que pasen las semanas y no se le haya podido dar respuesta.

ENCARNACIÓN: Sí papá. Comprendo.

JOSÉ MANUEL: ¿Qué has pensado?

ENCARNACIÓN: Mucho, mucho, papá.

JOSÉ MANUEL: ¿Pensas todavía en Camilo de Aguilar?

ENCARNACIÓN: Procuero evitarlo.

JOSÉ MANUEL: Le quieres, ¿no es cierto?

ENCARNACIÓN: Le quise.

JOSÉ MANUEL: ¿Ya no?

ENCARNACIÓN: No lo sé.

JOSÉ MANUEL: No se ha vuelto a saber de él. Se fue en su pesquisa quimérica tras una riqueza que no existe. Y con él...

ENCARNACIÓN: Lo sé, todo Cartago lo sabe, con él se fue la Petronila que lo tiene embrujado y me tiene

embruja a mi.

JOSÉ MANUEL: ¿A ti, hija mía?

ENCARNACIÓN: A mí más que a nadie. Porque me odia y soy un obstáculo para sus propósitos.

JOSÉ MANUEL: A él tal vez, que el hechizo de la carne es grande. Pero a ti... *(Una carcajada severa y breve.)* A él sí lo embrujó, y embrujado lo tiene por Matina o sabe Dios por dónde, que de la expedición no hay noticias. *(Hay una pausa casi larga.)* Pero yo creí, hija mía, que la ausencia de esos dos malditos te haría recobrar la paz del ánimo. Y me temo que no.

ENCARNACIÓN: Se equivoca. Sí la he recobrado. Pero usted sabe...

JOSÉ MANUEL: Sí. Los recuerdos.

ENCARNACIÓN: Se dice que es fácil olvidar a un hombre, no lo sé, no sé de esas cosas, quizás lo sea. Pero olvidar su recuerdo es cosa difícil. Y todavía, a veces, siento que es como si rondara, y escucho su voz y sus canciones.

JOSÉ MANUEL: Hija mía, hay recuerdos que nos acompañan hasta la muerte. Pero son recuerdos **nada más, fantasmas que no se materializan**. Cuando llegues a contar los años que yo tengo, lejos de mortificarte te darán momentánea placidez, porque te permitirán ser joven de nuevo, así sea por breve tiempo. Hay una cosa que todos los jóvenes debieran de aprender... Aprender a recordar, ¿sabes?, es algo difícil. Es un arte

y una sabiduría. Recordar es una locura; las evocaciones se nos vienen encima como caballos desbocados, y pueden enloquecernos, sobre todo cuando son recuerdos de cosas definitivamente perdidas... ¿y acaso hay otras que merezcan ser recordadas? Nos acometen y nos estrangulan. Pero hay otras maneras de recordar...

ENCARNACIÓN: ¿Cuáles?

JOSÉ MANUEL: La tranquilidad, que es la manera poética de recordar. Pero es difícil encontrarla. Hay quienes dicen que sólo con la vejez se adquiere, pero no es cierto. La tranquilidad consiste en poder recordar sin que las venas se nos estallen con el ansia de revivir las cosas recordadas; sabiendo, en suma, que el recuerdo es el pasado y que el pasado es una cosa muerta que sólo podemos evocar, tal vez, experimentando por algunos segundos la emoción de participar nuevamente en ella, pero no revivirla. Cuando se recuerda así, el recuerdo deja de ser frenético y se hace lento. ¿Cómo recuerdas tú a Camilo?

ENCARNACIÓN: A veces, lentamente.

JOSÉ MANUEL: Bien.

ENCARNACIÓN: Y a veces con frenesí, sintiendo que las uñas me crecen. Es difícil olvidar.

JOSÉ MANUEL: ¿Y quién quiere olvidar? Escucha un consejo: no olvides nunca. *(Pausa.)* Pero tampoco permitas que tus recuerdos, y en el curso de

tu vida construirás muchos, se apoderen de ti. Debes llevarlos como en una caja, y abrirla de vez en cuando para sacar uno, o el otro, y contemplarlos. Te llevará años llegar a eso, pero nunca hagas a un lado este consejo. Sobre todo, porque los recuerdos nunca deben impedirnos vivir. Vivir sólo entre ellos, sólo de ellos, es la locura.

ENCARNACIÓN: ¿Una locura?

JOSÉ MANUEL: La locura, hija mía. Por lo tanto, conserva tus recuerdos de Camilo y conserva tus recuerdos, también de José Corona. Presévalos donde nadie los toque, donde nadie los dañe. También donde nadie los descubra. Para ti sola. Pero sólo para aquellos momentos en que los necesites, para las ocasiones de soledad en que ellos puedan servirte de compañía. Vas a envejecer con ellos. Llegarás a vieja, y tus dos enamorados seguirán siendo jóvenes... Pero prepárate a vivir.

ENCARNACIÓN: Yo quiero vivir.

JOSÉ MANUEL: Excelente idea. La vida te está esperando.

ENCARNACIÓN: ¿En la persona de don Félix?

JOSÉ MANUEL: La vida no es un ser humano, ni hay ser humano que la represente. Con don Félix o sin don Félix. Pero piensa que el pobre espera, y que no debemos, por cortesía, obligarle a esperar mucho más.

ENCARNACIÓN: Pronto daré mi respuesta. Pero si usted quiere responder por mí... usted tiene el

derecho y la potestad de hacerlo.

JOSÉ MANUEL: Ya una vez te dije que no decidiría nada en que tú no consintieses primero. Son debilidades que tengo.

ENCARNACIÓN: ¿Sabe una cosa? *(Pausa)* No, no, nada. Una tontería sin importancia.

### Escena segunda

*Otro aposento de la casa de don José Manuel. La alcoba de Encarnación, con su cama de oscura y tosca madera, limpiísimas sábanas austeras e imágenes sagradas. Encarnación termina de tender su cama, en conversación con Manuela, que desempolva algunos objetos pequeños que Encarnación tiene sobre una cómoda.*

ENCARNACIÓN: ¿Sabés una cosa, Manuela? *(Pausa)* Nunca había pensado que cuando yo sea vieja, muy vieja, recordaré a José Corona y a Camilo de Aguilar como hombres jóvenes y apuestos. Nunca olvidaré sus imágenes. Siempre serán jóvenes para mí.

MANUELA: Ave María, niña Encarnación, y las cosas que se le ocurren.

ENCARNACIÓN: Y hay algo más, Manuela. Ellos, que no volverán a verme más...

MANUELA: ¿Que no volverán a verla más?

ENCARNACIÓN: Nunca. Y por eso, me recordarán como soy ahora. Para ellos seré siempre la misma Encarnación Sancho.



MANUELA: La bella Encarnación Sancho...  
ENCARNACIÓN: Llegarán a viejos, como yo. Y siempre pensarán en la Encarnación Sancho que vieron en Cartago. En estas manos, en estos ojos, en estos brazos. Nunca cambian pana ellos. Nunca me verán un rostro horrible de vieja. Nunca verán en mí a la Segua

*(Prorrumpe en una carcajada.)*

MANUELA: Niña Encarnación *(se persigna)*, que ése es pecado de vanidad.

ENCARNACIÓN: *(Indignada.)* ¿Pon qué de vanidad? ¿Porque quiero que los hombres guarden de mí un recuerdo dulce y agradable? Anda mal la vida si pana dejan un recuerdo de belleza e., menester morir joven. El secreto, ¿sabés?, está en que nunca más nos vean y alimenten de recuerdos su recuerdo.

*(Entra Baltasara)*

BALTASARA: Tengo algo que decirte. Algo grave.

ENCARNACIÓN: Sí señora... *(Manuela se apresta a salir.)*

BALTASARA: Podés escuchan, Manuela, que sos de la familia. Escucha, Encarnación. Se dice por Cartago que ha regresado Camilo de Aguilar de su expedición.

ENCARNACIÓN: No quiero venle. Y no es ciento que haya regresado.

BALTASARA: No sé si será ciento o no. Peno el rumor corre, y siendo esta ciudad pequeña, nadie pasa inadvertido en ella.

ENCARNACIÓN: He dicho que no quiero venle. Y agrego que tampoco quiero que me vea. Pana Camilo de Aguilar es como si yo hubiese muerto.

*(Sale palidísima del aposento.)*

MANUELA: ¿Es ciento, señora?

BALTASARA: Tal se dice.

MANUELA: Y... ¿se dice que haya regresado solo?

BALTASARA: Algo se comenta... Que dejó a la Petronila no sé donde. Peno los acompañantes de Camilo afirman que Petronila les viene siguiendo.

MANUELA: ¿A quién se lo afirmaron, señora?

BALTASARA: A mí.

MANUELA: Luego, es ciento que don Camilo está en Cartago...

BALTASARA: Yo misma le he visto.

Escena tercera

*La sala de don José Manuel Sancho. Don José Manuel en su sillón y Encarnación de pie ante él.*

ENCARNACIÓN: Voy a casarme con don Félix Fernández.

JOSÉ MANUEL: Tuya es la decisión.

ENCARNACIÓN: Mía es.

JOSÉ MANUEL: ¿Le amas?

ENCARNACIÓN: Más me amo a mí misma.

JOSÉ MANUEL: ¿Le amas?

ENCARNACIÓN: No. No le amo. Peno seré feliz.

JOSÉ MANUEL: Lo serás porque es buen hombre.

ENCARNACIÓN: Lo seré porque es ciego. Porque no me verá envejecen. Porque no verá que mis manos se marchitan y que mis cabellos encanecen. *(Está como transportada.)* No verá que mi

talle se desvanece y mis ojos se apagan. Para él, seré siempre la bella niña Encarnación de los días en que tenía vista. Y seguiré siéndolo, como en un recuerdo, como en el recuerdo de los que no vuelven a saber de nosotros. No despertará una mañana para ver en su almohada un rostro nuevo, el de la Segua. Yo no quiero ser la Segua... *(Ahora habla con mucha cordura.)* Para don Félix yo seré siempre la misma, ya que no puede verme. Y en lo otro, en lo que pueda escucharme, sentirme, me he jurado que en pago del raro privilegio del marido ciego, no cambiaré; que todo el mundo en que don Félix viva, será el de la Encarnación joven y el de la Encarnación bella. Dígale que venga, que quiero decírselo yo, y que preparen lo más pronto la boda.

#### Escena cuarta

*La pared encalada. Es de noche. Entra Camilo visiblemente ebrio. Le acompaña Zenón Vásquez, joven mal encarado.*

CAMILO: Y ésta *(señalándola)*, por si no lo sabías, que de todo han de enterarse los recién llegados, es la casa donde vive la mujer más bella de Cartago, de la Provincia, de la Capitanía, del Virreinato y del Imperio. Encarnación Sancho.

ZENÓN: No hables tan fuerte, no hagas semejante ruido.

CAMILO: ¿Y por qué no? ¿No es lícito que yo pregone a los cuatro puntos cardinales que estoy locamente enamorado de Encarnación Sancho, y que Encarnación Sancho me ama?

ZENÓN: No te ama, Camilo, pues se niega a verte.

CAMILO: Estratagemas de amantes que tú no comprendes porque eres muy joven. Pero la verdad es que me ama.

ZENÓN: ¿Y a qué me has traído ahora?

CAMILO: A que contemples esta blanquísima pared. A que aspire el aroma de azucenas que se desprende de esa ventana tras la cual duerme Encarnación Sancho, a quien esta noche quiero despertar.

*(Una rendija de luz se cuele repentina por el postigo de la bien trancada ventana de Encarnación.)*

ZENÓN: Despertado la has ya. Mira la luz que sale.

CAMILO: Sí. *(Entusiasmado.)* ¡Encarnación, te adoro! *(Silencio. Una pausa larga.)* ¡Encarnación, he vuelto! He regresado sin tesoro y sin dinero. Arruinado pero enamorado. He vuelto a ti. Perdóname, Encarnación. *(Silencio. Pausa.)* Abre, Encarnación, y escúchame. *(Se aparta un poco, recoge un guijarro y lo lanza contra el postigo; el sonido de la madera es como un golpe seco sobre la noche. Desde dentro se escucha la voz de Encarnación.)*

VOZ DE ENCARNACIÓN: *(Desde dentro.)* Vete, Camilo de Aguilar y no vengas a buscarme más. *(Se*

*apaga la luz. Camilo mira a su amigo desconcertado.)*

- ZENÓN: Será mejor que nos marchemos:
- CAMILO: ¿Marcharnos? Jamás. Yo echaré raíces frente a esta ventana.  
*(Aparece por un recodo María Francisca.)*
- MARÍA FRANCISCA: ¡Camilo! ¡Camilo de Aguilar! ¿Qué hiciste de la Petronila?  
*(Camilo mira asustado y la reconoce.)*
- CAMILO: No tengo nada con la Petronila. Ni contigo, bruja horrible. Ya me libré de tus hechizos.
- MARÍA FRANCISCA: No tengo hechizos y quien lo diga miente. Pero de la Petronila pocos se libran. ¿Quién se va a librar de la Petronila? Cierra los ojos, Camilo, piensa en ella, refóclate recordándola... *(Camilo obedece.)* ¿Puedes librarte de eso, puedes librarte de eso, puedes librarte de ella?
- CAMILO: Maldición, sí.
- ZENÓN: Vamos, Camilo, basta.
- CAMILO: Tú vete, que yo me basto para esta bruja.  
*(Zenón se escabulle lentamente.)*
- MARÍA FRANCISCA: Podrás librarte de ella, pero ella de ti no. Te seguirá, te perseguirá, te buscará, te rebuscará, te encontrará por los siglos de los siglos, por la vida de su vida, porque una vez suyo, siempre serás suyo.
- CAMILO: Mientras dure, le dije una vez.
- MARÍA FRANCISCA: Y durará siempre. Yo sé que pronto ha de llegar. La dejaste abandonada en la montaña, pero ella saldrá de allí, porque la

pasión la guía, y aquí te encontrará. Aquí en Cartago, Camilo, o en el fin del mundo; donde tú te escondas. Porque eres suyo, irremisiblemente suyo. Y tuya ella también.

- CAMILO: No. La Petronila Quesada está maldita y tú lo sabes, vieja bruja.
- MARÍA FRANCISCA: ¿La Petronila? Todas las mujeres estamos malditas. *(Otra vez la carcajada.)* La de allí dentro también. Y los hombres que caen en nuestras garras. Te ha de encontrar, Camilo, te ha de encontrar. *(Se le acerca.)* Y ha de hacerte feliz otra vez... Porque fuiste feliz con ella ¿verdad? *(Pausa.)* ¿Verdad que te hizo feliz? No lo niegues, no te atrevas a negarlo, que yo sé cómo hace felices la Petronila a los hombres apuestos y galanes.

*(Camilo se vuelve furioso e intenta darle un puntapié, pero María Francisca se le escapa.)*

### Escena quinta

*La pared encalada. Apostados en el extremo derecho de la escena, las damas y caballeros del prólogo, con algunos más. Además, curiosos.*

- DON RAFAEL: Dicen que le trajo de Guatemala el más bello velo de novia.
- DON TOMÁS: Dicen que el traje venía ya en el baúl que don Félix traía de Guatemala.

*(El cortejo nupcial pasa silenciosamente tras ellos. Hay una pausa que indica el transcurso del tiempo.)*

DOÑA ROSALÍA: La fiesta nupcial ha sido la más rumbosa que Cartago ha visto.

DON EUSTAQUIO: La pagaría don Félix...

DON BARTOLO JIMÉNEZ: Todos sabemos que José Manuel Sancho no habría podido costearla.

DOÑA FROILANA PERALTA: ¿Vivirá aquí la pareja?

DON BARTOLO: Van a residir en Guatemala, donde don Félix tiene poco menos que un palacio.

*(Hay otra pausa que indica transcurso de más tiempo.)*

DON TOMÁS: Mañana se lleva don Félix a la Encarnación Sancho con rumbo a Guatemala.

DOÑA FROILANA: ¿Y cómo no iba a ser así...

DOÑA ROSALÍA: ...si Camilo de Aguilar la ronda noche y día...

DON EUSTAQUIO: ...con la espada en la mano...

DON BARTOLO: ...el aguardiente en el cuerpo...

LA INDIA: ...y la Petronila Quesada en la espalda?

*(Se oscurece la escena totalmente. Los personajes desaparecen en la oscuridad. Cuando se ilumina otra vez, es de noche y ellos no están. Entra Camilo, que viene tambaleándose, desarreglado y descompuesto.)*

CAMILO: ¡Encarnación! ¡Encarnación Sancho! ¡Encarnación Sancho de Fernández! ¿Qué has hecho de mí? Asómate. Déjame mirar tu

rostro una vez más. *(Frente a él ha irrumpido la Petronila Quesada.)* ¡Petronila! ¡Petronila Quesada! ¿Qué has hecho de mí? *(Recapacita.)* Apártate de mi vista, que no te vea nunca más.

PETRONILA: Camilo, Camilito, pequeño faldero mío que no podrás dejarme nunca, que será mío para siempre, para siempre. Ven conmigo que yo te cure, que yo te quite las borracheras de aguardiente y las borracheras de esa Encarnación Sancho mujer de ciego viejo e impotente.

CAMILO: ¡Quítate de mi vista! ¡Llévete los diablos que te trajeron! Vuélvete al infierno de donde provienes, Petronila Quesada, para que yo pueda salir del infierno en que me tienes. Te odio, Petronila Quesada. Te aborrezco, Petronila Quesada. Te maldigo, Petronila Quesada, perra de aguas, puta inmunda. *(Trata de darle de plano con la espada, pero ella la esquiva. Camilo la persigue y los ojos le centellean. De pronto la toma por una mano y va a castigarla ferozmente, pero ella de un salto le clava un puñal en el pecho y huye dejándole tendido.)*

*(La escena se oscurece. Cuando se ilumina otra vez es de día, y están allí las damas y caballeros apostados en su sitio de siempre.)*

DON TOMÁS: De suerte que Encarnación Sancho se irá hoy para Guatemala sin saber que Camilo

de Aguilar se suicidó por ella anoche al pie de su ventana de soltera.

DON RAFAEL: Aquí encontraron de madrugada el cadáver...

DOÑA ROSALÍA: ... con un puñal en el pecho.

DON BARTOLO: Pero nadie va a decírselo a Encarnación.

DON EUSTAQUIO: Sería inútil.

LA INDIA: Mejor que se vaya ignorando el final de la historia...

*(De la casa sale Encarnación con don Félix y su lazarillo. Se despiden de la familia a la cual no vemos. En un extremo de la escena, el lazarillo hace como que sube maletas a un coche.)*

DON RAFAEL: El final de la historia...

*(Comienzan don Rafael y don Eustaquio a ir de un lado a otro de la escena, caminando y conversando, mientras cae el telón dejándoles a ellos dos fuera.) (A telón corrido.)*

DON EUSTAQUIO: El final de una historia que comenzó... usted lo sabe, cuando José Manuel Sancho se vio en apuros de dinero.

DON RAFAEL: No lo creo. José Manuel es hombre de bien e incapaz de...

DON EUSTAQUIO: ¿De vender a su hija?

*(Han llegado al extremo del escenario, y allí se detienen. Por el otro extremo, aparecen una mujer y su hUa vestidas a la manera de 1800, que recorren el escenario en el mismo sentido.)*

LA MUJER DE 1800: Sí, hija, es la historia más dolorosa que se conoció en Cartago. La de Encarnación Sancho, a quien obligaron a casarse con un viejo ciego, y su amante murió de amor al pie de su ventana...

*(Se han detenido junto a don Eustaquio y don Rafael. Por el rumbo que ellas traían, aparecen otros dos caballeros trajeados de leva y chistera al estilo de 1850, que atraviesan la escena.)*

PRIMER CABALLERO DE 1850: Hombre, no voy a saberlo yo, descendiente de don José Manuel Sancho que amenazó con enclaustrar a su hija si no se casaba con un hombre ciego, pero rico y noble, para gloria de su estirpe...

SEGUNDO CABALLERO DE 1850: Entonces... ¿es cierto que el espíritu de don José Manuel aparece por la vieja casona pidiendo que recen por él para salir del purgatorio donde lo tienen penando sus pecados?

PRIMER CABALLERO DE 1850: Aunque a mi familia le esté mal el decirlo, es cierto. Y todas las noches rezamos rosarios por ese pecador, y por su hija, la muchacha más bella de Cartago vilmente sacrificada.

SEGUNDO CABALLERO DE 1850: Y por el amante de ella... ¿no rezan?

*(Han llegado a colocarse junto a los otros personajes. Aparecen ahora por el mismo sitio dos señores vestidos a la*

*usanza de 1910 que avanzan en silencio y se colocan junto a los otros. Luego hablan.)*

PRIMER CABALLERO DE 1910: Hay documentos, declaraciones de una tal Manuela que se han hallado en los Archivos Nacionales, que prueban que Encarnacion Sancho tuvo amores ilícitos con un Camilo de Aguilar, que no se sabe quién fue, ni de donde venía, pues no dejó rastro.

SEGUNDO CABALLERO DE 1910: Falta usted, mi amigo, al respeto que debe al honor de mis antepasados. Mañana a primera hora recibirá usted la visita de mis padrinos.

*(La longitud del escenario está casi ocupada por los ocho personajes. Aparecen dos más. Son dos jóvenes vestidos a la moderna, con libros bajo el brazo, que se colocan luego junto a ellos.)*

ESTUDIANTE PRIMERO: Pero ¿a quién diablos le importa la historia de una mujer que, por amor a sí misma, por amor a su propia belleza, se casó con un ciego en Cartago en 1750?

ESTUDIANTE SEGUNDO: A nadie. Son frivolidades y disparates. El mundo de 1971 enfrenta problemas mucho más importantes y angustiosos, para que nos ocupemos de semejante nimiedad.

*(Los diez personajes se quedan rígidos, y se inclinan desde el proscenio indicando al público que el espectáculo ha terminado.)*

1996/1967

## CIRCUNSTANCIAS EN QUE SE ESCRIBIÓ Y SE ESTRENÓ LA SEGUA

De tiempo atrás veníame atrayendo y me tenía admirado el empleo que el teatro del siglo XX ha hecho de los mitos y leyendas de la antigüedad clásica. O'Neill, Giraudoux y Anouilh, hayan actualizado las historias o manteniéndolas en su entorno original, les dieron una interpretación moderna, un significado nuevo, una cercanía que llega hasta la inmediatez. ¿No es la "Antígona" de Anouilh una especie de posición oficial de los hombres del siglo XX ante la tiranía? A la luz de las enseñanzas de Freud, de Darwin, de Marx, se podía discernir el origen íntimo, individual y social de las historias y leyendas, y por ende el porqué de su vigencia a lo largo de los siglos. Electra, Medea, Fedra, la bíblica Judith, han cobrado una vida adicional mediante la perspicacia de los nuevos autores que adivinaron en ellas o en sus historias, elementos de la mujer o de la circunstancia contemporánea

¿Y qué de los mitos, leyendas y tradiciones seculares de nuestro propio pasado de indígenas y criollos? ¿Cuál significado recóndito habría en ellos que nuestra época debiera descubrir?, ¿a qué pasión u obsesión obedeció su nacimiento? La Llorona, el Cadejos, la Segua, ¿cómo se originaron? Era obvio que la Llorona encarna a la doncella que desobedece el totem social-religioso de la virginidad; que el Cadejos y la Segua tienen origen femenino y nacieron como una advertencia a los maridos libertinos adobada por las mujeres como una ingenua defensa de su hogar. Pero una explicación sobre su origen no les concede actualidad; más bien la fisonomía de nuestro siglo coloca esas leyendas a la defensiva, en tránsito hacia el olvido o la inutilidad.

Sin embargo, al dramaturgo le seguía picando el guanillo. El dramaturgo quería jugar también -como los grandes- con los mitos, pero con los mitos propios. La Lloro-

na, el Cadejos, la Segua... hasta la Carreta sin Bueyes y el Padre sin Cabeza pasaron por mi imaginación.

Por esos días, la Editorial Costa Rica, recién abierta y entonces bajo el comando inteligente de Lilia Ramos, re-editó un antiguo libro de Anastasio Alfaro: "Arqueología Criminal Centroamericana", título hurafío bajo el cual se esconde el relato de casos criminales curiosos ocurridos durante el período colonial; y en él me encontré la historia del proceso por brujería que se siguió en Cartago en 1777 contra Petronila Quesada y María Francisca Portuguesa: se las acusaba de haber enloquecido con malas artes a un tal teniente José Corona, casado con Encarnación Sancho de Castañeda. (José Luis Coto Conde contó también esa historia pero con menos arte.) El proceso por brujería era fascinante, y no sé ahora de dónde me vino la idea de que entre los achaques de embrujado que sufriera el teniente, bien podría habersele aparecido la Segua. Era una buena idea dramática la de explorar la reacción de una mujer a cuyo marido se le apareció la Segua.

Comenzó a funcionar la imaginación. Desapareció Corona, desapareció el proceso, y lo que surgió ante mí fue un personaje femenino que tendría poco que ver con Encarnación Sancho, pero al que seguí llamando Encarnación Sancho, convertida la dama cartaginesa de doscientos años atrás en una encarnación con e minúscula del narcisismo, y el mito de la Segua en una proyección de ese narcisismo, mezclado así Freud con el mito criollo. La obra teatral que buscaba quedó armada, con un total irrespeto, si no hacia la realidad histórica, al menos hacia la realidad biográfica. Inventé a Camilo de Aguilar, al personaje clave que bauticé como don Félix Fernández, y tejí un argumento que me pareció satisfactorio y que se prestaba para plasmar el desarrollo interior del personaje femenino. No indagué más en folios ni falta que me hacía. Décadas después supe de los sucesivos matrimonios de doña Encarnación, y que por varias y

consecutivas vías maternas yo resulto descendiente directo de ella. Que buena pro me haga, y que la tatarabuelísima bisabuela de mi bisabuela me perdone las libertades que me tomé con ella.

Me senté a escribir, sometíendome instintivamente a una técnica aristotélica (unidad de acción, lugar y tiempo), y cuando terminé el primer acto llamé a Daniel Gallegos y se lo mostré. Siempre consulto con Daniel Gallegos, y cuando no he seguido sus indicaciones me he arrepentido luego.

La indicación que me hizo fue ésta: había que abrir la obra, ampliarla, sacarla de las cuatro paredes en que parecía iba a discurrir toda, y escribir un drama espectacular con técnica épica y absoluta libertad de movimiento, y no la modosita pieza bien construida a que yo estaba acostumbrado y que se parecía vislumbrar en ese primer acto.

Tenía yo en ese tiempo un buen repertorio de obras sin estrenar. Aparte El Luto Robado, no había conseguido que nuestro incipiente teatro pasara de presentar dos piecillas breves, dos tanteos iniciales que no son lo mejor que yo he hecho; Oldemar y los Coroneles, Una Bruja en el Río, La Parábola de la Hija Pródiga, La Solterona, En Agosto Hizo Dos Años, reposaban en el fondo de las gavetas, (dos de ellas todavía están allí) con muy pocas esperanzas de ver la luz pública. Si de todos modos -pensé y me lo dijo Gallegos- estaba escribiendo para mí mismo y no para el público, tendría una satisfacción espiritual en escribir una obra grande, llena de gente, de múltiples escenarios, deliberadamente irrepresentable para las dimensiones y posibilidades del movimiento teatral costarricense.

No modifiqué el primer acto, pero del primer intermedio en adelante abrí los espacios de la pieza, introduje toda la gente que se me ocurrió, la pasé por calles, campos, caminos y sacristías, seguro como estaba de que -al igual

que todas las piezas que tenía escritas- había de esperar las calendas griegas para darla a conocer, dada mi convicción de que un texto teatral no debe publicarse si antes no ha sido representado.

Mientras la escribía, se estrenó En Agosto Hizo Dos Años con tan mala fortuna, que tiré la toalla y abandoné la ambiciosa composición de La Segua por casi seis meses. Escribí algunos cuentos que publiqué con buena fortuna, comencé una novela que no terminé nunca, y ahora no recuerdo por qué razón, un día de tantos reanudé el trabajo abandonado. Por allá de setiembre de 1967 la terminé, y se me ocurrió hacer una lectura de ella ante un grupo más o menos grande de amigos, en una sala que por aquel tiempo tenía abierta para actividades culturales la Embajada Argentina encabezada por el entrañable don Pancho Bello. El "todo el mundo" teatral concurrió, pero no recuerdo que ninguno hubiese quedado especialmente sorprendido por la calidad de lo que escucharon. De todos modos, pensé, La Segua había sido escrita teniendo como destino la gaveta. El fracaso de En Agosto Hizo Dos Años, además, hacía más problemático aún mi destino de dramaturgo.

Pasaron casi cuatro años. Sobrevino el sesquicentenario de nuestra independencia de España, y Costa Rica asumió el liderazgo de las conmemoraciones, con un Congreso de Historiadores, una Bial (que no fue bienal nunca porque fue la última) de Pintura Centroamericana, una convocatoria de escritores de Centroamérica para la inauguración del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, y un doble Festival de Teatro: universitario y estudiantil.

El rector de la Universidad de Costa Rica, Carlos Monge Alfaro, era un convencido de que en nuestro país, dada la calidad de nuestros actores, actrices y directores, se estaba haciendo un teatro superior al que podía verse en cualquier otro país centroamericano; un teatro al nivel del



que se hacía en México o la América del Sur. Por lo tanto, quería que Costa Rica se luciera en el Festival, con un gran espectáculo. El director del Teatro Universitario, Alfredo Catania, comprendió las intenciones del Rector, y preguntó a los que aquí escribíamos teatro, cuál tenía una obra susceptible de montarse como un gran espectáculo. Resultó que la única pieza existente que llenaba esos requisitos, era La Segua.

Le adjudicaron un presupuesto gigantesco: 30.000 colones, el mayor que se hubiese visto hasta entonces. Le confiaron la dirección a Lenin Garrido, en ese momento el más prestigioso director (con Daniel Gallegos) con que contábamos, y comenzaron los trabajos. Para el papel de Encarnación Sancho, escogió el director a una actriz que venía reinando en nuestro teatro: Kitico Moreno. Y en abril de 1971 comenzaron los preparativos y ensayos.

No he sido un dramaturgo de ensayos. Una vez que el director ha escogido un reparto que apruebo, me alejo y rara vez me vuelven a ver. Ha habido obras mías (la última, El Triángulo Equilátero, por ejemplo), a cuyo estreno he asistido sin haber visto un solo ensayo. Absorbido por otras tareas, apenas si me presenté a dos ensayos de La Segua, pero en ambas oportunidades me quedé atónito ante la calidad indescriptible del trabajo de la actriz principal, y en general ante el calibre de la producción.

Se programó el estreno para el día 13 de setiembre de 1971, como función inaugural del 1 Festival Centroamericano de Teatros Universitarios, ante un jurado internacional compuesto por Ignacio López Tarso, José Quintero y Carlos Miguel Suárez Radillo.

Anunciado no más el estreno de "La Segua", surgió el primer, nimio pero simpático incidente: alguien envió una carta a los periódicos preguntando quien era yo para atrever-

me a alterar la ortografía consagrada hasta por Rubén Darío, que había escrito Cegua, y otros eminentes, Zegua.

Contesté que la diferencia entre la S por una parte y la C y la Z por otra, reside en el sonido, tal y como se pronuncian esas letras exclusivamente en España. Pero que dado que en América solo empleamos el sonido S, no veía la necesidad de escribir con Z ni con C una palabra totalmente americana, que en América pronunciamos con S. Por otra parte, agregué, el término parece tener un origen indígena, y en las lenguas aborígenes lo han pronunciado tsegua, con una combinación de sonidos, ts, que no se transcribe como C ni como Z en ningún lugar conocido. Si la palabra es americana y se pronuncia con el sonido S, no existe ninguna razón para escribirla de otro modo. Agregué que mi decisión de escribir segua como la escribí, la había consultado con eminentes filólogos, notablemente con mi buen amigo Víctor Arroyo, que había aprobado expresamente mi decisión. Me alegro que con el transcurso de los años se haya impuesto la grafía segua sobre las anteriores e ilógicas zegua y cegua, que no tenían razón alguna de ser.

Anunciada La Segua para el lunes 13 de setiembre, y dada por mí la explicación ortográfica, se convocó para ensayo general de la obra el domingo 12 en horas de la tarde. Pocos pudimos aplaudir el trabajo (que Guido Sáenz calificó de inmarcesible) de Kitico Moreno. Pero al terminar la impresionante representación, en medio de los aplausos y aclamaciones de los presentes, dio Kitico un mal paso sobre una viga colocada en el escenario, y cayó al suelo con un grito de dolor.

La conmoción de rigor. Traslado de emergencia a un Hospital. Dictamen médico. Quebradura seria del pie. Varias semanas de cama... Estreno suspendido.

¿Qué hacer? A la mañana siguiente, reunión de

emergencia en el Teatro Nacional Los organizadores del Festival, el Director, miembros del reparto, el autor. En nombre de la pureza absoluta, Carlos Catania propuso: "Suspensión definitiva porque no se pueden arreglar las cosas en pocos días con sentido de responsabilidad". Opinión sumamente respetable. En nombre del principio de "the show must go on", el autor (que ardía en deseos de que el público viera su obra y aplaudiera la sensacional producción que había logrado Lenin Garrido), dijo: "Busquemos una actriz que supla a Kitico".

Yo tenía la actriz. Nueve meses antes, Haydée de Lev había sido el elemento rescatable de En Agosto Hizo Dos Años. Yo conocía el espíritu de cooperación, la reacción positiva ante los retos, el profesionalismo sin límites y la capacidad artística también sin límites de Haydée de Lev. Era cuestión de proponerle un esfuerzo sin límites.

Debate largo, se sopesaron las dos probabilidades, finalmente le hicieron una concesión al autor ansioso, de probar la alternativa que él proponía. A las 5 de la tarde de ese lunes en que debía haberse estrenado la obra, me constituí con Sergio Ramírez en la casa de Haydée, con un manuscrito de La Segua bajo el brazo. No sabía mi buena amiga para qué la buscaba. Le dije sucintamente: "Aquí tiene usted una obra que no conoce, que nunca ha leído, cuyo contenido ignora. Vengo a pedirle que la lea, y que acepte el compromiso de estrenarla el lunes 20, de hoy en ocho".

Dos horas después, Haydée aceptaba el reto con entusiasmo y esa misma noche comenzó a ensayar en el escenario del Teatro Nacional, mientras las costureras modificaban los hermosos trajes diseñados para Kitico. Martes, miércoles, jueves, viernes, sábado... domingo en la tarde, nuevamente ensayo general. Un poco más de gente que el domingo anterior. Y una ovación a gritos para la actriz. Nunca diré cuál de las dos grandes actrices me satisfizo más.

Raro privilegio para un autor, el escuchar una obra que estima la mejor de las suyas, representada, con una semana de diferencia, por dos actrices notables. Guardo un profundo reconocimiento para ambas. Pero... ¿cómo no subrayar esa personalidad endemoniada de Haydée de Lev que la llevó a aceptar el desafío brutal de un personaje difícilísimo en una pieza complicada, y salir triunfalmente de él?

El estreno lo confirmó. Costa Rica, que iba a inaugurar, clausuraba el festival. Y el distinguidísimo jurado otorgaba los premios de mejor actriz y mejor director, a Haydée de Lev y Lenin Garrido. Esa noche todos pensamos mucho en Kitico Moreno, recluida en un hospital.

El gran actor de México, Ignacio López Tarso, le dijo esa noche a Haydée de Lev en mi casa y en mi presencia: "Si alguna vez quiere que hagamos juntos Cyrano de Bergerac, no tiene más que llamarme y estaré en San José al instante". Desgraciadamente, cuando aquí montaron la pieza de Rostand, despojándola del verso, no se acordaron de ninguno de los dos.

La Segua protagonizó tiempo después otro divertido incidente: en el programa de preguntas y competencia estudiantil Antorcha, preguntaron a un estudiante si en la pieza teatral La Segua es más importante el elemento psicológico o el aspecto social. Contestó que el primero, y lo descalificaron. Me dirigí al jurado del programa explicando que La Segua es una obra estrictamente psicológica y totalmente desposeída de contenido social, por lo cual solicitaba le dieran por buena su respuesta al estudiante mal calificado. No recibí contestación, ni supe jamás si rehabilitaron al estudiante de secundaria que tan bien comprendió mi obra.

La Segua no ha vuelto a representarse profesionalmente, cosa que no me extraña dado el alto costo de su producción; un grupo de estudiantes dé la escuela de Artes

Dramáticas, montó alguna vez una versión resumida y reducida a media docena de personajes, que paseó por colegios y me hizo gracia cuando la vi en la ciudad de Grecia. Trece años después de su estreno, La Segua llegó al cine. Si la película tiene menos calidad literaria que la comedia; si de ella desaparecieron -en aras del movimiento cinematográfico- las escenas que a mí me parecen mejores de la pieza teatral, confieso y proclamo mi culpa. Firmé el guión cinematográfico y creo que la película tiene valores estimables de dirección, escenografía, fotografía, interpretación, y demás elementos. Pero me temo que permití que el tema central y el tono literario de mi original se difuminaran, y esto tuviera como resultado una obra cinematográfica que estimo, pero mucho menos que a ese texto teatral predilecto cuya historia me he puesto hoy a contar.

## OTROS LIBROS DE ALBERTO CAÑAS

- ‡ 1993 Operación TN...T
- 1992 Los Molinos de Dios
- ‡ 1990 Crisantema
- 1984 Oldemar y los Coroneles
- ‡ 1983 Ni mi Casa es ya mi Casa
- 1983 La Soda y el F.C.
- ‡ 1980 Uvieta
- 1980 Los Cuentos del Gallo Pelón
- 1978 Una Bruja en el Río
- ‡ 1978 Tarantela
- ‡ 1976 Una Casa en el Barrio del Carmen
- ‡ 1975 Feliz Año, Chaves Chaves
- 1974 La Exterminación de los Pobress
- 1968 En Agosto Hizo Dos Años
- 1965 Aquí y Ahora
- 1963 El Luto Robado
- 1955 Los 8 Años
- 1946 Elegía Inmóvil

---

Este libro se terminó de imprimir en la Sección de Impresión del SIEDIN, en el mes de agosto de 2004.

Universidad de Costa Rica  
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio  
San José, Costa Rica, A.C.

---

En *La Segua*, el autor combina la tradicional leyenda mítica mesoamericana con ciertos acontecimientos ocurridos en Cartago a mediados del siglo XVIII, para componer lo que él mismo ha definido como un estudio sobre la relación de una mujer con su propia belleza física. El énfasis psicológico no milita, sin embargo, contra el abundante y en ocasiones espectacular movimiento escénico de la pieza, considerada por su autor como la mejor de sus obras teatrales. *La Segua* fue llevada al cine en 1984 por el director Antonio Yglesias y, a pesar de que la película difiere del texto original, ha sido considerada como la más valiosa obra cinematográfica que se haya realizado en Costa Rica.



Editorial de la  
Universidad de Costa Rica